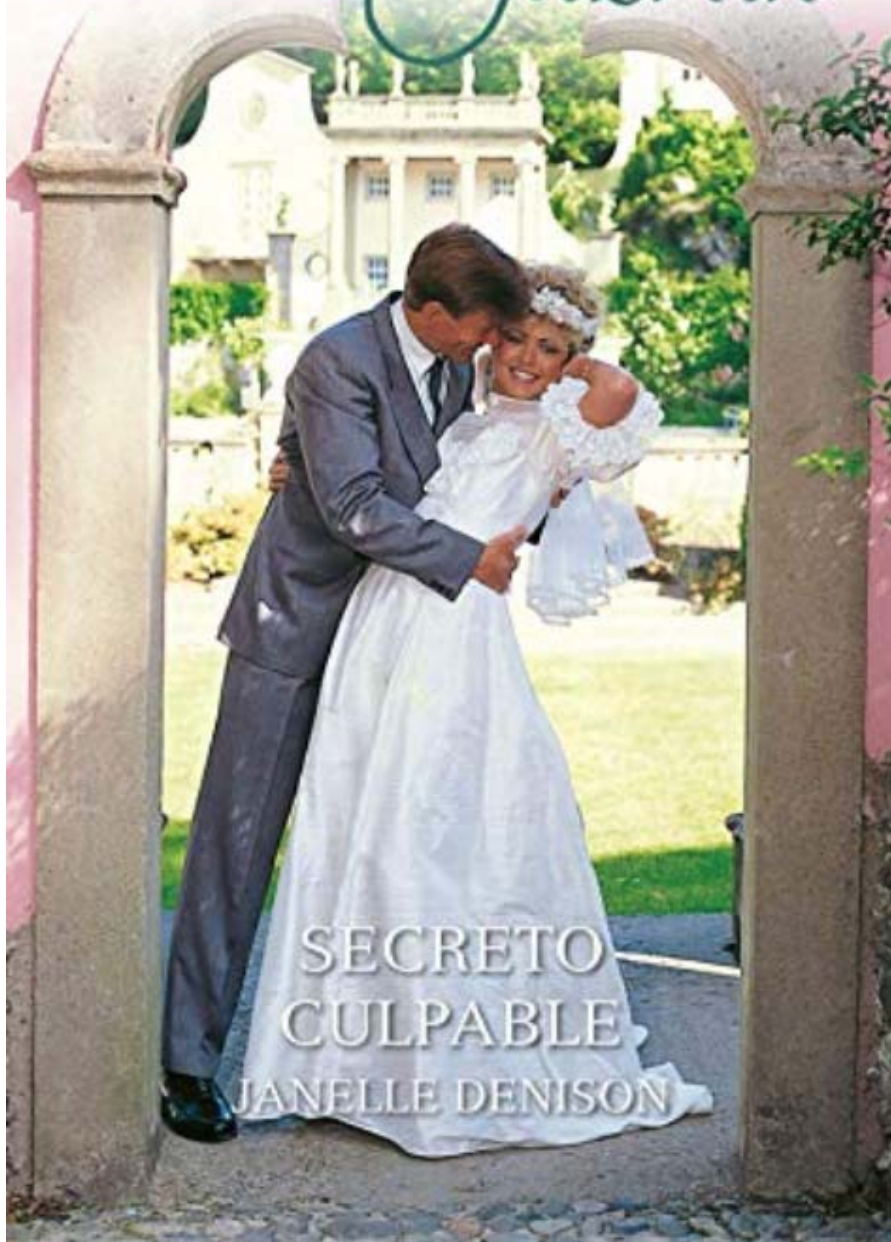


HARLEQUIN

# Jazmin



SECRETO  
CULPABLE  
JANELLE DENISON

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Cuando Garret Blackwell encontró a Jenna huyendo de su propia boda, no tuvo más remedio que ayudarla; sobre todo, al averiguar que tenía poco más que su vestido de novia.

Jenna se sentía agradecida y tenía miedo de llegar a disfrutar demasiado de aquellos protectores brazos masculinos. No estaba preparada para pasar de nuevo por la vicaría, pero cada vez le resultaba más difícil luchar contra lo que sentía por Garret... y seguir guardando el secreto de lo que realmente había ocurrido el día de su boda.

## *Capítulo 1*

**L**a novia tenía cara de ángel, y su cuerpo de diosa se envolvía en metros de tela blanca y brillante que se derramaba como raso líquido a su alrededor. La incongruencia de tanto tejido de un blanco de lirio en un local de copas hizo dar un pequeño respingo a Garrett Blackwell cuando se sentaba en un taburete vacío junto a la barra.

No era el único que miraba atónito a la solitaria novia que estaba sentada en un apartado al otro extremo del bar y bebía, o más bien tragaba, un líquido oscuro. Leisure Pointe atronaba con la música, las conversaciones y las risas, pero la principal atracción parecía ser la dama de blanco. Las mujeres la miraban con curiosidad y algunos de los hombres parecían deseosos de ocupar el lugar del novio inexistente.

Garrett no podía culparlos por ello. Ella era una de esas mujeres que hacen que vuelvas la cabeza a su paso, el tipo de mujer por el que un hombre puede llegar a hacer auténticas estupideces. Enormes ojos azules, labios llenos que estaban pidiendo que los besaran, y una piel de raso que parecía resplandecer de calidez. El cabello, del color del trigo al sol, estaba recogido en lo alto de su cabeza aunque la mitad se le había soltado y caía en rizos alborotados sobre su cara y su espalda. El escote del vestido, bordeado de perlas, permitía intuir unos pechos bien redondeados y su cintura parecía ser muy estrecha. Él imaginó que tenía también piernas largas y delgadas que hicieran juego e interrumpió sus pensamientos antes de que empezaran a viajar por territorio prohibido. La lencería que llevase debajo del vestido no era asunto suyo.

—Es guapa, ¿verdad?

Garrett se giró en el taburete y miró a Harían, el fornido hombre que atendía la barra y era dueño del establecimiento.

—Parece que fuera alguien que se hubiera equivocado de salida en la Interestatal 44 al salir de San Luis —ninguna persona tan elegante y con ese aspecto de ciudad podría haber ido voluntariamente a la pequeña ciudad de Danby, Missouri, a no ser que se hubiera perdido—. ¿Quién es?

—Maldito si lo sé. No parece que nadie sepa quién es ni de dónde vino. Nunca la habíamos visto por Danby hasta hoy, y tiene una cara que ningún hombre que tenga sangre en las venas podría olvidar. Ya sabes a qué me refiero.

Garrett sabía perfectamente a qué se refería. No necesitaba darse la vuelta para recordar aquel cabello en el que un hombre podría esconder sus manos, aquellos pechos y aquella cintura, ni para volver a experimentar aquel deseo. Se arrellanó bien en el asiento y se llevó a los labios la botella de cerveza para intentar distraerse de sus pensamientos.

—¿Dónde está el novio?

—Yo no he visto a ninguno, aunque ha tenido unas cuantas propuestas de matrimonio de los chicos que estaban aquí esta noche. Han estado zumbando a su alrededor como moscas y dando mucho la lata —Harían sacudió la cabeza. Su mirada tenía un brillo protector, como el que cabe esperar en el padre de tres niñas adolescentes que han empezado a salir con chicos—. Al final tuve que decirles que se apartaran y la dejaran en paz. Ella no parece estar interesada en el tipo de compañía que ellos tenían en mente, aunque eso no ha evitado que algunos de ellos sigan enviándole copas. Cinco *amarettos*. Acabo de decirle a Becky que no le pase más invitaciones de admiradores a no ser que sean de café.

Garrett esbozó una sonrisa. Harían parecía y actuaba como si fuera un oso pardo gruñón, pero un hombre amable y bueno. Dirigía bien su establecimiento y no le molestaba que la gente lo pasara bien, pero todos los que frecuentaban el lugar sabían que a Harían no le gustaba que hubiera problemas en su bar, no permitía que las discusiones se convirtieran en peleas y siempre vigilaba a los clientes que habían bebido más allá del límite.

Como la novia sin novio.

Harían se fue al otro extremo de la barra para atender a los clientes y Garrett se encontró otra vez mirándola. Era una criatura femenina fascinante, y las misteriosas circunstancias que la habían llevado a Danby la hacían más intrigante. Su presencia en Leisure Pointe resultaba fuera de lugar; vestida como una princesa de cuento de hadas y con aquella belleza que era tan asombrosa como excitante, parecía un diamante entre guijarros. Ella no encajaba allí, tenía la sofisticación de la ciudad escrita en todos sus poros. Cuando Harían volvió, Garrett manifestó sus pensamientos en voz alta.

—¿Qué persona en su sano juicio pudo haberla dejado tirada aquí?

—El conductor de su limusina.

—Yo no he visto ninguna limusina aparcada en la puerta.

—El tipo no se quedó. La siguió hasta dentro con una maleta y me dijo que ella le había pedido que se parase aquí. El tipo me dijo que se había acabado su tiempo de contrato, que no iba a esperarla, y que ella estaba sola.

—¿Nada más?

—Murmuró algo acerca de tener que volver a San Luis, así que supongo que es de allí de donde vino —Harían suspiró—. Necesito que me hagas un favor, Blackwell.

—No sé por qué tengo la sensación de que no me va a gustar lo que voy a oír.

—Anda, solo quiero que vayas allí y le preguntes a quién podemos llamar para que venga a recogerla.

La petición era sencilla, directa y no requería una gran participación por su parte, pero Garrett no se ocupaba de damiselas en apuros, nunca más.

La última mujer que había rescatado se había aprovechado de su generosidad y lo había embaucado de una manera que había alterado mucho su vida.

Su expresión debía revelar cuáles eran sus pensamientos porque Harían le dijo:

—Estoy seguro de que podría conseguir una fila de voluntarios para hacerlo, pero me temo que la mayor parte de los hombres que hay aquí le harían proposiciones en vez de decírselo. Y teniendo en cuenta el estado mental en que ella se encuentra...

Garrett frunció el ceño. Las palabras de Harían no presentaban un retrato halagüeño, pero él había ido a Leisure Ponte a relajarse, a tomar unas cervezas y a charlar con Harían y alguno de los viejos que habían sido amigos de su padre hasta que murió. La misma rutina aburrida de todos los sábados, muy distinta de la de su hermano, que solía dedicarlos a fiestas, mujeres y generalmente a acabar peleando con sus amigos.

Rylan. Viendo un camino para liberarse de las buenas intenciones de Harían, Garrett miró en el bar buscando una cabeza morena y una sonrisa encantadora que pertenecían a su hermano pequeño.

—¿Por qué no buscas a Rylan y le pides que lo haga él? —sugirió Garrett. Aunque a su hermano le gustaba el bello sexo y ellas lo rodeaban como abejas a la miel, él nunca se aprovechaba de una mujer. El honor y el

respeto que su madre les había inculcado era muy profundo, pero Garrett dudaba que su madre pudiera haber previsto el precio que su hijo mayor había pagado por ser tan caballeroso.

Su hija de ocho años era un recordatorio constante de lo honorable que había sido. Una lástima que la madre de Chelsea no hubiera sido igualmente responsable, o leal, hacia él o hacia la niña de la que nunca se había preocupado de verdad.

—Tu hermano se fue con Emma Gentry hace más o menos una hora. Y no parecía que fuera a volver pronto.

Garrett no se sorprendió. Él y su hermano compartían la misma casa, que Garrett había heredado de su madre cuatro años antes, cuando ella se fue a Iowa a vivir con una hermana. Pero Ry, a sus veintiséis años entraba y salía como le apetecía. Con frecuencia pasaba en otro sitio las noches del viernes y del sábado. A Garrett no le importaba con quién siempre que Ry no se metiera en problemas.

—¿Y Otis? Es completamente inofensivo y puede hacerlo tan bien como yo.

—Otis es un salido. Míralo, está con la boca abierta mirándola, ¿crees que sería capaz de decir una sola frase coherente en esa situación?

Garrett no pudo evitar reírse. Miró a los demás varones que estaban sentados en las mesas cercanas y se dio cuenta de que Otis no era el único que estaba mirando así a la novia. Era sorprendente que aquella mujer pudiera tener ese efecto sobre tantos hombres.

—Te lo voy a decir más claro, Blackwell, no te estoy pidiendo que te cases con ella. Se está haciendo tarde y, si vive en San Luis, les va a llevar cerca de una hora venir a recogerla.

—Vale —dijo Garrett que se sentía mal por resistirse a hacer algo tan simple por un amigo—. Me debes una, Harían.

—Vale. ¡Hala!, vete a hacerlo y te tendré una cerveza bien fría cuando vuelvas.

Garrett masculló una última protesta que no hizo cambiar de opinión a Harían. Se bajó del taburete y se dirigió hacia ella. Cuanto antes hiciera el recado antes podría continuar con sus actividades sociales del sábado noche.

Muchos ojos curiosos contemplaron a Garrett haciéndolo sentir incómodo porque las conversaciones se acallaban a su paso. Aquello era

una primicia... Garrett Blackwell acercándose a una mujer en Leisure Pointe. Era un hecho conocido que él no se relacionaba con mujeres de Danby más allá de un saludo cortés. Las pocas que habían sido lo bastante atrevidas como para perseguirlo habían sido rechazadas con tanto tacto como le fue posible, sin importar lo atractiva que fuera la oferta.

Nunca le había gustado el sexo ocasional, pero tampoco era un monje. Las pocas mujeres con las que había tenido relaciones en aquellos años vivían en otras ciudades, donde el cotilleo y las especulaciones no podían alcanzar ni a él ni a su familia. Las mujeres con las que había salido sabían y aceptaban desde el principio que él no estaba buscando nada serio. No tenía la menor intención de permitir que ninguna mujer volviera a manipular sus emociones.

Respiró hondo y se sentó enfrente de la mujer, en lugar de permanecer de pie junto a la mesa. El apartado les daba un mínimo de intimidad, a salvo de ojos y oídos curiosos. Lo último que quería era avergonzarla o proporcionar diversión a la gente.

Ella había estado mirando fijamente el líquido oscuro de su copa, parecía perdida y confusa, pero, tan pronto como las piernas de él rozaron el raso que se amontonaba bajo la mesa, ella alzó la mirada sorprendida.

Él abrió la boca para hablar, pero se sintió sobrepasado por el color de sus ojos. Desde lejos había podido apreciar que eran azules, pero vistos de cerca eran sorprendentes. Eran de un tono claro, rodeados de un azul zafiro y con radios dorados en el centro. Sus pestañas eran largas y espesas, las cejas delicadas, con un arco perfecto. Un lunar que estaba sobre el labio, a la izquierda, atrajo su atención hacia su boca llena y suave. Una boca que incitaba una docena de pensamientos provocativos.

A pesar del símbolo de inocencia y pureza de su vestido de novia, había un aire de sensualidad natural en ella. Una mezcla contradictoria de candor y atractivo que excitaban el interés de cualquier hombre. Y sin embargo él tenía la clara sensación de que ella no era consciente de su atractivo, que no sabía el efecto hipnótico que ejercía en los hombres. No hacía nada para atraer la atención. No le hacía falta.

De pronto él se sintió ridículamente incapaz de decir una palabra. Ella sonrió con dulzura pero sus ojos siguieron tristes. Se apoyó en la palma de la mano y lo miró de una forma un tanto soñolienta que él atribuyó al alcohol que había consumido.

—Hola —la voz era como una caricia.

—¿Está usted bien, señora?

—Sí... bien —acabó de un trago lo que le quedaba en la copa—. Estoy... bien.

—¿Qué le parecería que la invitase a una taza de café?

—Sí, creo que me vendría bien un poco de café. Con mucho azúcar. Ya no quiero más *amaretto*. Me está dando sueño —dijo trabándose la lengua en las palabras.

Él se dirigió a la barra y pidió una taza de café solo y fuerte. Cuando volvió con ella la encontró mirándose un rizo que se le iba hacia la cara.

—Odio mi pelo rizado. Estos estúpidos rizos no se quedan nunca donde los pongo. ¿Sabes que cuando era pequeña quería tener el pelo liso?

—Oh, no —¿cómo podía haber sabido algo tan personal si la acababa de conocer? Ella cerró los ojos y cuando Garrett pensó que se había quedado dormida habló con voz suave.

—Todos los cumpleaños soplaba las velas de mi tarta deseando tener el pelo liso como mi amiga Cindy. Nunca se hizo realidad —él no sabía cómo responder a su extraña conversación, se sentía fuera de su elemento y prefirió quedarse callado—. Mis otros deseos tampoco se hicieron realidad. Yo tenía que casarme con un príncipe encantador y ser felices y comer perdices. Me temo que no soy muy buena formulando deseos.

Becky llegó con el café salvándolo de dar alguna clase de respuesta. Él sabía que el licor era parcialmente responsable de que a ella se le hubiera soltado la lengua, pero también sentía que aquella cháchara acerca de príncipes encantadores y deseos estaba relacionada con la razón por la que había salido huyendo el día de su boda.

—Se suponía que hoy iba a ser el día más feliz de mi vida —dijo ella cuando volvieron a quedarse solos, con la voz un poco temblorosa por la emoción—. Eso fue lo que me dijo mi madre antes de morir, pero ha sido el peor día de mi vida. Yo todo lo que quería era una chispita de respetabilidad, pero yo no seré respetable en toda mi vida.

Demonios, ¿qué delito tan terrible habría cometido para pensar que no era digna de respeto? Sintió compasión mezclada con una gran dosis de curiosidad. Aplacó ambas negándose a involucrarse en el caos emocional de aquella mujer. En cuanto obtuviera alguna información sobre ella para



que Harían pudiera llamar a alguien para que fuera a buscarla, su tarea habría terminado y podría volver a la cerveza fría que le habían prometido.

Y olvidarse de aquel ángel complicado de ojos azules que parecía estar tan sola y tan perdida y que era tan vulnerable... y también un escándalo a punto de producirse. Lo que menos necesitaba era que hubiera especulaciones acerca de su vida privada y aquella mujer misteriosa seguro que las proporcionaría.

—¿Crees que cuando me despierte mañana todo esto será solo un mal sueño?

—Si no te tomas el café mañana tendrás una resaca espantosa —era lo único cierto que podía decirle.

—Estoy bien —dijo ella tomando la taza con ambas manos.

—Aja —le dio la razón aunque sabía que si ella intentaba ponerse de pie se caería redonda—. ¿Cómo te llamas? —preguntó pensando que lo mejor era empezar con una pregunta sencilla y luego ir haciendo otras más difíciles según se le fuera aclarando a ella la mente.

—Jenna Chestfield... —hizo un gesto de extrañeza al pensar en el nombre, luego sacudió la cabeza—. No, nunca dijimos «sí, quiero», así que supongo que soy solo Jenna Phillips.

Solo Jenna Phillips. Seguro que había una historia detrás de aquello, una historia en la que Garrett no se quería ver envuelto. Miró a su mano izquierda. La ausencia de anillo respaldaba su afirmación de que el matrimonio no había tenido lugar.

—¿Cómo te llamas?

—Garrett —contestó él decidido a dejar las cosas entre ellos solo en base al nombre de pila.

—Garrett —repitió ella con voz ronca—. Es un nombre bonito, fuerte y respetable. ¿Tú eres respetable?

Él estuvo a punto de reírse pero se contuvo.

Decidido a terminar cuanto antes con su tarea de caballero andante, preguntó:

—Jenna, ¿hay alguien a quien podamos llamar para que venga a buscarte? —ella no tuvo que pensar mucho antes de responder.

—No.

—¿No tienes familia? —a Garrett le resultaba difícil de creer. Recordó que ella había dicho que su madre había muerto—. ¿Tu padre u otros familiares?

—No —susurró con voz dolida—. Nadie.

—¿Y tu prometido? ¿Podemos llamarlo?

Ella hizo una mueca ante la mención del hombre que tendría que haberse convertido en su marido. Él captó una oleada de pesar, remordimiento e inseguridad en su mirada antes de que ella bajase los ojos.

—No, él ya no me querrá después de la forma en que lo he humillado a él y a su familia. Nunca podré volver.

Garrett sintió que le invadía una oleada de simpatía y trató de luchar contra ella. No quería que le importase aquella mujer ni su situación, ni por qué pensaba ella que había sido una decepción para el hombre con quien se había comprometido para casarse.

¿Qué podía hacer? Miró hacia la barra donde se encontró con la mirada interrogante de Harían. Aparte de saber que se llamaba Jenna Phillips y que al parecer estaba más sola que él, no tenía mucha más información que antes de sentarse allí.

Bueno, él había cumplido con su tarea. Ya era cosa de Harían pensar qué iba a hacer con la novia solitaria aquella noche. Empezó a levantarse del asiento, pero ella lo tomó por el brazo. La sensación fue tan fuerte que maldijo entre dientes, ¿tanto tiempo llevaba sin una mujer que una extraña le podía hacer arder con un mero roce?

Ella lo había detenido para sentirse segura, aquello estaba claro. Recordó que él ya había acabado su etapa de salvador de mujeres e inclinó la cabeza en señal de interrogación.

—¿Me vas a dejar? —su voz tenía un tono de pánico como si acabara de darse cuenta de que estaba en una ciudad extraña, en un bar ruidoso lleno de hombres ávidos de ocupar el sitio que él estaba a punto de dejar libre.

—Tengo que ir a hablar con Harían. Nadie te molestará —prometió, sintiéndose protector hacia aquella mujer a la que acababa de conocer. No era una buena señal. Quiso decirse que era el mismo tipo de sentimiento paternal que experimentaba con su hija, pero no tenía nada que ver. La respuesta hacia Jenna era completamente masculina y demasiado

amenazadora para la vida segura y estable que había conseguido construir para él y Chelsea en los últimos seis años—. Termínate el café, ¿vale?

—¿Vas a volver? —él quería decir que no, pero la forma en que la damisela en apuros lo miraba le hizo sentir cosas que hacía años que no sentía.

—Sí, volveré.

Aunque solo fuera para ayudarla a encontrar un taxi o asegurarse de que pasaba la noche en algún lugar seguro, se dijo a sí mismo.

—¿Te has vuelto completamente loco? —Garrett miró a Harían con la boca abierta—. ¡No puedo llevarla a casa conmigo!

—Venga, Garrett. Estoy seguro de que ella lo verá todo más claro por la mañana y se dará cuenta de su error y volverá al sitio del que haya venido. Es una noche, Blackwell, no toda una vida.

—Búscate a otro chivo expiatorio, Harían.

—No me fio de nadie más —dijo Harían en tono serio tras echar una ojeada al bar repleto.

—Yo no quiero vagabundas —dijo en un último esfuerzo para convencer a Harían de que él no era el hombre indicado para hacerse cargo de Jenna Phillips.

—Entonces me temo que tendré que llamar al sheriff para que venga a llevársela y tendrá que pasar la noche en comisaría, en una celda.

Harían se fue a servir a un cliente y dejó solo a Garrett con su sensación de incomodidad. Miró hacia Jenna, que parecía muy desconcertada y perdida, y la imaginó despertándose a la mañana siguiente en un estrecho jergón, desorientada y asustada y sin un ápice de aquella respetabilidad y dignidad que ella deseaba.

Él no necesitaba la responsabilidad ni las complicaciones que aquella mujer podía llevar a su vida, pensó irritado. Y estaba claro que no necesitaba la distracción de saber que estaba durmiendo en su casa, aunque solo fuera por una noche.

Mientras Garrett rumiaba estas ideas en silencio, Beau Harding, una de esas personas que van a la deriva y que trabajaba en el aserradero de la ciudad, se acercó a la barra. Garrett lo saludó con la cabeza cortésmente, pero había algo en Harding que a Garrett no le gustaba o le hacía desconfiar. Él joven era demasiado arrogante. Un mes antes había acudido

a la empresa de Garrett en busca de trabajo para el verano y, aunque Garrett había estado pensando en contratar a un hombre más, había escuchado a su instinto y lo había rechazado.

Beau miró con lascivia hacia Jenna y luego sonrió a Harían, que seguía al otro extremo de la barra.

—Oye, Harían, ¿Qué pasa con la preciosa novia del fondo?

—Estamos intentando ver qué hacemos con ella —contestó Harían muy a regañadientes. Los ojos grises de Beau brillaron de interés.

—¿Necesitáis a alguien que la acompañe a un motel para que pase la noche?

El tono de voz de Beau era inconfundible. La simple idea de que aquel hombre tocara a Jenna o se aprovechara del estado en que se encontraba en aquel momento hizo que Garrett de pronto sintiera necesidad de marcar el territorio.

—No —repuso antes de que Harían pudiera decir nada—. Ya tiene un sitio donde quedarse.

Harían alzó las cejas sorprendido porque Garrett había rechazado de plano hacerse cargo de la novia hacía solo unos instantes. La mirada insolente de Beau resbaló hacia Garrett.

—Simplemente quería ofrecer mi ayuda.

Garrett podía jurar que a Beau le hubiera gustado mucho ayudar a Jenna. El temperamento de Garrett se inflamó, sorprendiéndolo por el sentimiento de posesión que ella le inspiraba. La última vez que había tenido una reacción semejante había sido por otra mujer. Para ser precisos, por la madre de Chelsea.

Y de aquel encuentro solo había obtenido desdicha, penas, y la amargura de haberse sentido utilizado y traicionado.

—Iré a buscar su maleta al almacén —se ofreció Harían y desapareció como si temiera que Garrett fuera a cambiar de opinión si no se daba prisa.

Garrett respiró hondo. Una noche, se dijo a sí mismo, y después aquel paquete de problemas se habría ido, fuera de su vida y de vuelta a San Luis, el lugar al que ella pertenecía.

No podía ser de otra forma.

## Capítulo 2

**P**or primera vez en seis años, Garrett llevaba una mujer a casa. Le parecía muy irónico que la mujer en cuestión hubiera sido la novia de otro y que estuviera dormida en el asiento delantero de su camión, con el vestido de raso rodeándola como una nube.

Unos minutos después de que hubieran salido del aparcamiento de Leisure Pointe, sin el menor escrúpulo o pensamiento serio de lo que estaba haciendo, ella se tumbó, apoyó la cabeza en las piernas de él y se quedó dormida instantáneamente. Estaba claro que el día tan largo que había tenido, además de los *amarettos*, había acabado con ella.

El que ella hubiera confiado así en él lo tenía incómodo. Después de todo él era un perfecto extraño. Aunque él nunca se hubiera aprovechado de una mujer, estaba seguro de que si Jenna Phillips hubiera estado sobria y pensando con claridad, nunca se habría ido con él de aquella manera. Pero teniendo en cuenta la forma en que había decidido ahogar sus penas no había tenido muchas más opciones y, como Harían sabía, Jenna estaba más segura con él que con Beau, o en el motel de la ciudad.

El camino hasta su casa se le hizo muy largo. Intentaba no pensar en la mujer que tenía la mejilla apoyada en su muslo, pero descubrió que no podía pensar en ninguna otra cosa. La mano de ella estaba sobre la rodilla de él y cada vez que respiraba, notaba su aliento cálido a través de la espesa tela de los vaqueros. Y además estaba aquel cabello extendido por su regazo.

Incapaz de resistir la tentación tocó una de aquellas mechas doradas, sin sorprenderse ante su tacto de seda. El impulso de hundir sus dedos en aquella cabellera era fuerte, pero no se atrevió a tomarse aquella libertad.

Por fin llegó a su casa y aparcó frente al porche delantero. No quería molestarla, pero sabía que ella estaría mucho más cómoda en una cama, así que la tocó suavemente uno de sus hombros desnudos.

—¿Jenna? —dijo en voz baja para no asustarla—. Vamos, tienes que levantarte.

Murmurando algo acerca de príncipes en su sueño, ella apretó la mejilla contra su muslo, se acercó más a él y suspiró. Él apretó los dientes

al ver cómo respondía su cuerpo, recordándole que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer.

Más decidido a despertar a aquella bella durmiente, la sacudió por el hombro.

—Despierta, Jenna.

Gimiendo, abrió los ojos y se sentó. Lo miró y luego miró la casa oscura que tenía enfrente.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en casa —dijo él abriendo la puerta del coche y tomando la maleta de ella.

Le ofreció la mano para que bajase, pero ella no se movió. Sacudió la cabeza con expresión desolada.

—Yo ya no tengo casa —susurró.

Seguro que estaba bromeando o en un estado de desajuste emocional. Aunque no se hubiera casado con su prometido ella tenía que vivir en alguna parte, tener amigos y familia que pudieran echarla de menos, y una vida a la que ella tendría que volver pronto.

—Como no te acuerdas de nadie a quien podamos llamar para que venga a recogerte, puedes quedarte aquí esta noche. Mañana por la mañana lo solucionaremos todo cuando te encuentres mejor —de pronto tuvo la sensación de que ella podía tener sus reparos a quedarse en su casa con él—. ¿Te parece bien?

Ella asintió y le tendió la mano para que la ayudase a bajar. Se tambaleó un poco al pisar el suelo con los zapatos de tacón y él la sujetó por la cintura y la llevó hacia el porche.

La ayudó a entrar en la casa, agradecido porque Chelsea se había quedado a dormir en casa de su hermana y su hermano había encontrado otro acomodo para la noche. Pero ambos volverían por la mañana temprano y tendría que explicarles qué hacía allí la invitada. Con suerte se habría ido antes de que el sol estuviera muy alto en el horizonte.

Encendió la luz de la sala para poder guiarla por las escaleras. Antes de llegar al piso de arriba iba pensando dónde ponerla. Tras algunas dudas eligió la opción más lógica: la pondría en su dormitorio, que tenía cuarto de baño, por si su estómago se rebelaba durante la noche, y él dormiría en el cuarto de Chelsea.

Gracias a Chelsea la cama de él estaba perfectamente hecha y el cuarto daba una impresión de orden. Su hija solo tenía ocho años, pero se tomaba muy en serio sus tareas desde que había decidido ser la «mujer» de la casa, aunque eso no impedía que le recordase que él necesitaba una mujer y ella quería una mamá.

Desgraciadamente él no tenía intención de casarse de nuevo. Con una esposa había tenido de sobra y además le había enseñado una lección que no pensaba repetir con ninguna mujer, ni siquiera con aquella, por atractiva que fuera. Su hermana Lisa era un buen sustituto para Chelsea de la influencia maternal.

Jenna se sentó en la cama y él puso la maleta sobre la cómoda, pensando que ella se podría manejar sola.

—El cuarto de baño está en esta puerta. Si necesitas algo llámame. Estaré en la habitación de al lado —se dio la vuelta para irse.

—¿Garrett?

—¿Sí?

—Yo... no puedo desabrocharme sola el vestido.

Se puso en pie, apartó su pelo y le mostró una fila de dos docenas de botones que empezaban en sus omóplatos y bajaban hasta la curva de su trasero.

Él se quedó paralizado. Su primera idea fue decirle que durmiera con el vestido, pero se dio cuenta de que aquello era ridículo. Tenía que estar muy incómoda y, además, antes o después tendría que quitárselo.

Resignado a lo inevitable, fue hacia ella. Con manos poco firmes empezó a trastear con aquellos botones pequeños y resbaladizos, incapaz de no ver la piel que iba apareciendo poco a poco. Al irse aflojando el vestido, ella cruzó los brazos sobre el pecho para que no se resbalara. Ella llevaba una especie de corsé blanco de raso y se lo soltó también sabiendo que ella sería incapaz de hacerlo sola.

Terminó la tarea cuando apareció la línea de encaje de las bragas, dio un paso atrás y quiso salir corriendo para huir de su reacción ante aquella mujer, pero se dio cuenta de que ella no parecía muy segura de lo que tenía que hacer después o cómo salir del vestido sin enredarse en los metros y metros de tela.

Lo miró pidiendo ayuda. El siguiente paso fue buscar algo para que pudiera dormir con ello. No quiso perder el tiempo buscando en la maleta

de ella para encontrar alguna prenda propia de una noche de bodas, así que tomó una camisa de su armario y se la tendió. Los ojos de ella se llenaron de gratitud, él se dio la vuelta para que pudiera cambiarse. Un minuto más tarde ella dijo en voz baja:

—Ya estoy.

Se dio la vuelta y se sintió aliviado al ver que ella estaba decentemente cubierta, aunque no pudo evitar observar lo bien que rellenaba su camisa. Sus muslos eran largos y delgados y llevaba las piernas cubiertas con unas medias de color marfil que le provocaban fantasías que no venían a cuento.

Para distraerse de sus pensamientos, la ayudó a deshacerse del vestido y luego apartó las sábanas y le dio una palmada al colchón.

—A la cama —dijo con un tono de voz parecido al que usaba todas las noches con su hija.

Ella se sentó en la cama, pero antes de que él pudiera tapparla ella miró sus piernas y dijo:

—Las medias y el ligero. No puedo dormir con ellas, tengo que quitármelas.

Él esperaba que ella no se hubiera dado cuenta y que se durmiera. Pero había una terquedad en su mirada que le hizo saber que su tortura no había terminado. Dio un paso atrás y cruzó los brazos para no sentirse tentado de ayudarla. Ella se levantó el borde de la camisa y se inclinó hacia delante, perdiendo el equilibrio, pero consiguió mantenerse en pie a duras penas.

La tenacidad de ella lo habría divertido si no le estuviera excitando tanto. Si hubiera estado sobria la tarea habría sido sencilla, pero tenía las manos torpes y se le escapaban de los dedos los enganches de las medias. Cuando levantó los ojos tenía lágrimas de desesperación. Se mordió el labio inferior intentando contenerse.

—Hoy no puedo hacer nada bien.

Si ella no hubiera estado tan abatida, él habría resistido el ruego silencioso que había en su mirada. No había ningún intento de seducirlo, sino una auténtica necesidad de ayuda.

Rompiendo su promesa de no tocarla, rozó el encaje del ligero con tanta indiferencia como fue capaz de reunir. Acabó la tarea rápidamente, irritado consigo mismo por su reacción ante aquella mujer.



—Acuéstate e intenta dormir un poco —le ordenó con un tono brusco, deseoso de salir de aquella habitación.

Ella se tumbó y él la tapó. Ella lo miró soñolienta y lo tomó por la camisa cuando ya se iba a marchar. Él esperó a ver qué quería; inclinado sobre ella, el corazón le latía con fuerza.

—Garrett. Gracias.

Su boca estaba a unos centímetros, invitándolo. Y aquel lunar parecía llamarlo. No recordaba haber deseado nunca algo tanto como deseaba besar aquellos labios.

—¿Por qué?

—Por cuidarme. Hacía mucho tiempo que nadie había sido tan amable conmigo, tan atento.

Garrett intentó estirarse para romper el vínculo físico y mental, pero no podía moverse. Se sentía inexorablemente empujado hacia ella, no por la fuerza de las manos que sujetaban su camisa, sino por su maldita debilidad y por la llamada de aquellos labios entreabiertos.

Dulzura. Rendición. Y una pasión que de pronto se hizo más necesaria que respirar.

Él nunca quiso haber dado aquel beso. Ni permitirse quedar atrapado en necesidades y deseos que había enterrado hacía mucho tiempo. Pero cuando ella deslizó lentamente una mano detrás de su cuello y le acarició el pelo de la nuca, no pudo resistirse más.

El gesto en sí había sido muy casto, una expresión de gratitud, él lo sabía. Pero la forma en que los labios de ella se adaptaron a los suyos hizo que el abrazo fuera más sensual que si el beso hubiera sido abiertamente provocativo.

Lentamente se apartó. Ella hizo un leve sonido de protesta cuando sus labios se separaron, pero sus manos cayeron y no volvió a abrir los ojos. Se quedó dormida dejando a Garrett preguntándose si recordaría algo de aquello a la mañana siguiente.

Probablemente no. Esperaba que no.

Jenna dio un gemido que pareció retumbar en su cabeza dolorida, se dio media vuelta y abrió los ojos... y se encontró con la cara de una niña pequeña de cabello largo y liso que Jenna envidió instantáneamente. Tenía los ojos verdes e inquisitivos y una expresión contemplativa. La niña

estaba de rodillas a un lado de la cama, con los codos apoyados en el colchón y la barbilla entre las manos, como si llevase allí un buen rato, esperando que Jenna se despertase.

—¿Por qué estás durmiendo en la cama de mi papá? —preguntó.

Como no reconocía a la niña y su pregunta la sorprendió, Jenna intentó buscar en su memoria quién podía ser y cómo había ido ella a parar a aquella extraña habitación y a aquella cama que tenía un olor masculino que ella reconoció como el del príncipe que la había rescatado la noche anterior.

Jenna cerró los ojos. La noche anterior. Los recuerdos la inundaron como una ola. Se había sentido tan avergonzada que había subido a la limusina que estaba esperando para llevarlos a ella y a Sheldon al club de campo para la recepción y le había ordenado histéricamente al conductor «Vamonos». No le importaba adonde siempre que pudiera poner muchos kilómetros de distancia entre ella y el desgraciado pasado del que parecía no poder escapar. Un pasado que la atormentaría para siempre. Un pasado que destrozaba todas sus posibilidades de ser alguna vez respetada o respetable. ¿Qué le había hecho creer que podría encajar en la vida desahogada de Sheldon y ser la esposa de un cirujano prominente? Ella había intentado adaptarse, pero no podía borrar el error que había cometido. La familia de él y su círculo de amigos, todos ellos gente bien, no iban tampoco a pasar por alto lo que había hecho.

A una hora de distancia de San Louis, en la pequeña ciudad de Danby, el enfadado conductor de la limusina la había dejado en el aparcamiento y la había informado de que a él no le habían pagado para que recorriera el estado de Missouri. Sabiendo que no quedaba en San Louis nada para ella, se había bajado de la limusina y había entrado en el ruidoso establecimiento y se había sentado en un apartado que estaba al fondo del bar, sintiéndose más triste y sola que nunca.

Recordaba a hombres sin rostro que la habían invitado a *amarettos*. Recordaba al dueño del bar manteniendo a raya a aquellos hombres cuando fue evidente que quería que la dejaran sola. Recordó a Garrett con sus ojos azul oscuro y también cómo la había hecho sentir segura y a salvo cuando creía que nunca más volvería a sentirse así.

Se llevó la mano a los labios y su vientre tembló, no por el efecto de los *amarettos* sino por algo más placentero pero también más preocupante. Recordó haber besado a aquel guapo príncipe de cabellos negros y el sentimiento que la había embargado en aquel momento.

Y luego no recordaba nada. El sueño se volvió a apoderar de ella.

Sintió un suave tirón en el pelo y abrió los ojos para ver al inesperado visitante. La niña tenía un mechón de pelo de Jenna entre sus dedos y parecía fascinada por la forma en que se enroscaba naturalmente en ellos.

—¿Cómo es que estás durmiendo en la cama de mi papá? —preguntó, con más insistencia esta vez.

—Bueno, es que necesitaba un sitio para dormir y tu papá me dejó usar su cama —eso sí lo recordaba.

—Oh. Y además llevas puesta su camisa —ella se miró comprobando que el camisón que llevaba no era la prenda de seda que había guardado para la noche de bodas. Recordó a Garrett ayudándola a desvestirse y la intensidad de sus ojos azules—. ¿Cómo te llamas?

—Jenna, ¿y tú?

—Chelsea Blackwell —se bajó de la cama y fue hacia el vestido de raso que estaba sobre la silla—. Es como un vestido de princesa de cuento —dijo con admiración.

—Es un vestido de novia —dijo con voz tensa.

—¿Se ha casado contigo mi papá? —Chelsea la miró con los ojos brillantes de esperanza—. ¿Eres mi nueva mamá?

—No, tu papá no se ha casado conmigo, cariño, y yo no soy tu nueva mamá —se sentó en el borde de la cama y esperó un momento a que la cabeza dejase de dar vueltas. Sentía haber chafado la ilusión de la niña y le ofreció el único consuelo que le vino a la mente—. Pero me gustaría ser amiga tuya.

—Vale —parecía satisfecha con aquel acuerdo y sonrió—. ¿Quiere decir eso que te vas a quedar aquí?

La verdad era que Jenna no sabía lo que iba a hacer, y tenía la esperanza de ser capaz en las próximas semanas de descubrir qué nueva dirección tomaría su vida. Pero no importaba qué decisión tomase, ella dudaba mucho que esta incluyera quedarse en aquella casa con Garrett y su encantadora hija.

Antes de que pudiera formular una respuesta, oyó pasos en las escaleras y su príncipe de la noche anterior entró en la habitación. A la luz del día y sin alcohol que la atontara llegó a la conclusión de que era aún más guapo de lo que ella recordaba. Llevaba unos vaqueros desgastados

que se ajustaban a sus delgadas caderas y una camisa informal que se ajustaba a un pecho musculoso. Emanaba una masculinidad que hacía un tremendo contraste con la imagen de niño bien que potenciaban los amigos de Sheldon. Aquel hombre era muy directo y con un gran atractivo físico.

A pesar de que sus gestos eran reservados y distantes, su cálida mirada la recorrió, deteniéndose en su pelo despeinado, haciéndola muy consciente de que llevaba puesta la camisa de él. Su mirada se detuvo un instante en sus piernas desnudas y luego se volvió hacia Chelsea.

—Ah, estabas aquí, cachorrillo. Me preguntaba dónde te habrías escondido.

—Vine a hacerte la cama y me encontré a Jenna durmiendo en ella —corrió hacia su padre y lo miró—. ¿Se puede quedar con nosotros? «Porfa».

—No es un perro vagabundo que te puedas quedar. Jenna solo necesitaba un sitio donde dormir anoche y estoy seguro de que ahora que ha descansado se volverá a su casa. ¿Por qué no vas a la cocina? Ahora mismo bajo a preparar el desayuno.

Chelsea hizo lo que le había dicho y la habitación se quedó en silencio. La mirada de Jenna coincidió con la de Garrett y se la encogió el estómago, no de náuseas sino con una sensación que la pilló completamente por sorpresa. Lo que menos necesitaba ella era tener que afrontar aquella inesperada atracción hacia un hombre que apenas conocía.

—Me imagino que «cachorrillo» es tu hija.

—Sí, es mía. La llamo así porque desde que dio el primer paso me ha seguido a todas partes como un cachorrillo.

No era difícil imaginar a Chelsea siguiendo a su padre. Aunque el amor paterno de Garrett era inconfundible y la devoción de su hija era igual de fuerte, no había ningún parecido físico entre ellos.

—Chelsea debe parecerse a su madre —dijo expresando en voz alta sus pensamientos y también por hablar de algo.

—La verdad es que no —murmuró él en un tono cortante que no invitaba a hacer más comentarios sobre la madre de Chelsea, y Jenna decidió que lo mejor era abandonar aquel tema que parecía ser delicado.

—Bueno, tu hija es encantadora y muy precoz. Pensó que tú y yo nos habíamos casado.

—La madre de Chelsea murió cuando ella tenía menos de dos años, así que no recuerda gran cosa de ella y últimamente ha estado pidiendo una madre. Me imagino que al ver tu vestido de novia y encontrarte en mi cama sacó una conclusión equivocada.

—A ella le gustaba su conclusión —dijo con suavidad, entendiendo la necesidad de la niña de reemplazar a la madre que le faltaba. Jenna no había conocido nunca a su padre y, a pesar de que su madre lo había hecho bien, ella no había tenido nunca la influencia de un varón en el que apoyarse en toda su vida y seguía sintiendo esa carencia.

—Bueno, es mejor que no alimente ese tipo de pensamientos y yo no se los estimulo. ¿Qué tal te encuentras? —dijo cambiando intencionadamente de tema.

—Un poco confusa pero bien en general, si tomamos en cuenta todo —se pasó las manos por el pelo, sintiéndose culpable por alterar su vida, aunque solo fuera un día—. Garrett... siento mucho lo de anoche.

—No hay nada de qué disculparse. No estabas en condiciones de ir a ningún sitio y te di un lugar para dormir.

—No tengo duda de que te estropeé la noche. Me introduje en tu casa y en tu familia e incluso dormí en tu cama. Y por lo poco que puedo recordar sé que me comporté como una tonta en el bar. Y a pesar de mi conducta de anoche, no tengo la costumbre de besar a los desconocidos.

Claro que Garrett no le había parecido que fuera un desconocido. Había sido cálido y receptivo y le resultaba difícil arrepentirse de aquel beso dulce y tierno que la había hecho sentirse a salvo y segura. Sin pretensiones, sin esperar nada, solo esa clase de aceptación que ella había añorado tanto tiempo.

Y Garrett probablemente pensaría que era una descarada por permitir esas libertades unas horas después de haber dejado a su novio ante el altar.

—Siento lo del beso —dijo mirándolo a los ojos.

—No, soy yo quien debe disculparse —aunque su tono tenía una certeza hosca su mirada desmentía la falta de interés—. No volverá a suceder.

Su voz no mostraba tanta determinación que Jenna no pudo evitar preguntarse si aquel beso no lo habría afectado a él tanto como a ella.

El momento se vio interrumpido por un portazo y el ruido de unos pasos que subían por las escaleras.

—Cariño, estoy en casa —gritó una voz masculina con buen humor.

Los ojos de Jenna se abrieron sorprendidos y Garrett gimió. Un hombre muy bien parecido miró de reojo la habitación y pasó de largo, pero se detuvo de pronto y se volvió. El hombre, que era una versión levemente más joven de su príncipe, miró a Jenna y luego a Garrett y sonrió.

—Maldita sea, hermano. Parece que no fui solo yo quien tuvo suerte anoche.

La cara de Jenna enrojeció ante la insinuación y Garrett hizo una mueca.

—No es lo que piensas, Rylan.

—¿Intentas decirme que tuviste una mujer guapa en la cama y no...?  
—Garrett alzó una mano y Rylan se detuvo al ver el gesto y su mirada.

—No. Y te lo explicaré todo cuando bajemos —el otro no cedió.

—¿No me vas a presentar?

—Jenna, este es mi hermano pequeño, Rylan. Ry, Jenna Phillips.

—Encantada de conocerte —dijo ella, que encontraba divertido al hermano.

—Lo mismo digo. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Es de San Louis —contestó Garrett antes de que ella pudiera responder, luego se dirigió a su hermano para echarlo de la habitación—. Y no se va a quedar el tiempo suficiente para que puedas coquetear con ella.

—Nada de coquetear —dijo guiñando un ojo a Jenna—. Iba a saltar directamente sobre ella para pedirle una cita.

—¿Tan pronto te has cansado de Emma Gentry? —la expresión de Garrett se había hecho fiera.

—Emma y yo no somos celosos.

—Y Jenna no está interesada. Vete, Ry.

Jenna contuvo la risa ante el hecho de que Garrett sintiera la necesidad de proteger su virtud de su divertido y conquistador hermano. Una vez que Rylan hubo salido del cuarto, Garrett se volvió hacia ella y le dijo, sardónico:

—Bienvenida al loco hogar de los Blackwell. Como habrás podido adivinar el tener una invitada femenina en la casa, y especialmente en mi cuarto, es una novedad.

Aunque le había dado un toque de humor a su voz, el comentario decía mucho de Garrett: que era un hombre íntegro, cosa que había demostrado al rescatarla la noche anterior, y que era muy discreto en lo que tenía que ver con su vida personal y familiar. Ella apreciaba aquellas cualidades, aunque se daba cuenta de cómo podía chocar su indiscreto pasado con aquellos valores admirables.

La idea de envolver a Garrett y su familia en un escándalo que siempre le iría pisando los talones la hizo volver a la realidad. A pesar de disfrutar de la amabilidad de los Blackwell, lo último que deseaba era aprovecharse de su hospitalidad.

Respiró hondo y se levantó de la cama.

—Me gustaría darme una ducha y cambiarme si es posible —él asintió—. Bajaré en cuanto esté presentable.

—El desayuno estará listo —fue hacia la puerta del dormitorio, pero antes de salir lanzó una última mirada a sus piernas.

Luego se fue.

## Capítulo 3

**E**l desayuno no era lo único que estaba esperando a Jenna en la cocina. Se detuvo de pronto al encontrarse sola con una mujer guapa, pero muy embarazada, que estaba retirando la mesa. Una sola mirada a sus sorprendentes ojos azules y a su pelo liso y negro la hizo saber que estaba ante otra Blackwell.

La otra mujer no estaba sorprendida de encontrar a una mujer desconocida en la casa, pero su mirada amable hizo un inventario de la ropa de Jenna de pies a cabeza, desde su vestido corto de lino azul hasta las sandalias de tacón a juego, que evidentemente no eran el tipo de indumentaria más adecuada para pasar relajadamente un domingo en la casa. Pero el vestido lo había elegido su prometido, y era lo más informal de todo lo que llevaba en la maleta para su luna de miel, porque ella sabía que Sheldon prefería que ella vistiera con estilo y tuviera un aspecto muy sofisticado.

De pronto sintió que ella era una estafa. La mujer que llevaba aquel vestido era la que ella tan desesperadamente había intentado ser para Sheldon y de alguna forma también para su madre.

Pero la verdad resplandecía, debajo de aquellas prendas de moda, Jenna era una mujer sencilla y sintió repentinamente la necesidad de ser aceptada como era, sin fingimientos, y sin ser juzgada por su pasado error, si es que eso era posible alguna vez.

—Buenos días —dijo la mujer sonriendo amistosamente—. ¿Quieres café? Garrett te dejó un plato de tortitas en el horno por si tenías hambre.

A pesar de que se le había aclarado la cabeza con la ducha, la idea de comer la levantaba el estómago.

—Puede que dentro de un rato. Ahora solo café, por favor.

—Sírvelo tú la leche y el azúcar —dijo la mujer acercándole una taza.

—¿Dónde está Garrett?

—Está fuera con Rylan y mi marido, Duane, husmeando en el motor de nuestro camión para arreglar un problema de la bomba de agua. Volverá dentro de un rato. Y Chelsea está fuera jugando. Y dado que está claro que te estás preguntando quién soy, soy Lisa, la hermana de Garrett.



—Encantada de conocerte —dijo apretando la mano que le tendían—. Yo soy Jenna Phillips, pero me imagino que eso ya lo sabías.

—Sí. Garrett nos contó por qué estás aquí y lo que pasó anoche en Leisure Pointe.

Sorprendentemente, no había ningún tono de crítica en la voz de Lisa, pero Jenna estaba segura de que la otra mujer se estaba preguntando por qué había salido corriendo el día de su boda. La explicación era complicada, y la humillación y la vergüenza que acompañaban a sus razones eran algo que no quería comentar con nadie.

—Si tenemos en cuenta el estado mental en que me encontraba ayer, estoy muy agradecida a su amabilidad por haberme traído aquí.

—Bueno, es agradable ver que mi hermano es aún capaz de hacer algo por una mujer cuando la situación lo pide.

Jenna se sentó a la mesa de la cocina con Lisa. Le parecía que su comentario era extraño y que implicaba algo que ella no comprendía. Porque a pesar de lo hospitalario que había sido Garrett la noche anterior, la conversación que había tenido con él hacía unos momentos le había dejado la sensación de que él deseaba que ella volviera a su casa ese mismo día. Desgraciadamente no había ya nada para ella en San Louis, excepto malos recuerdos y una sensación de fracaso.

Tomando un sorbo de café miró el vientre de Lisa y cambió de tema.

—¿Para cuando lo esperas?

—No lo bastante pronto —se rió y Jenna también—. Llevo mellizos y me faltan aún cuatro o cinco semanas, según el médico, pero a mi me parece que Jacob y Janet están listos para hacer su aparición en el mundo ahora mismo.

—Mellizos y además niño y niña. ¡Qué maravilla!

—Sí, es maravilloso, pero tengo que admitir que la idea de tener dos al mismo tiempo me da miedo.

A pesar de sus legítimos temores, Jenna envidió a la otra mujer y la familia que pronto iba a tener. Era algo que ella deseaba y que había tenido esperanza de tener con Sheldon, pero había perdido ese sueño al dejarlo en el altar, y él no había hecho nada por detenerla.

—Estoy segura de que el instinto maternal aparecerá y lo harás estupendamente.

—Eso es lo que yo me digo constantemente —Lisa cambió de postura, era evidente que no le resultaba fácil ponerse cómoda.

Unos minutos más tarde Garrett entró en la cocina. Miró primero a Jenna y su sofisticado atuendo antes de desviar la mirada hacia su hermana.

—La bomba de agua está arreglada provisionalmente hasta que puedas llevar a arreglar el camión —le dijo dirigiéndose a la pila para lavarse las manos—. Duane te está esperando fuera listo para marcharse. Gracias por cuidar de Chelsea anoche.

—Fue un placer. Es una alegría tenerla en casa, ya lo sabes —Lisa luchó para levantarse y Garrett acudió inmediatamente a su lado para ayudarla. Una vez en pie ella se rió—. Los tres te estamos muy agradecidos por tu ayuda. Te veré mañana en la oficina.

—Estaré allí pronto. Tengo que preparar un presupuesto y no iré a la ciudad para ver el proyecto Lieberman hasta las once. Como no hay nada que corra prisa por la mañana no hace falta que vayas muy pronto.

—Tengo que ir pronto. Hay un montón de facturas que meter en el ordenador y... —un inesperado «¡ay!» cortó la frase de Lisa. Se llevó la mano al vientre e hizo un gesto. Garrett apretó los labios.

—Creo que hace tiempo que debías haber tomado la baja de maternidad. Tendrías que estar en casa descansando y no en la oficina.

—El médico me dijo que podía trabajar hasta que nacieran los niños si me sentía con fuerzas para ello.

—Y yo soy tu hermano mayor y tu jefe y te digo que si no te tomas la baja a la que tienes derecho voy a tener que despedirte. Estás en el octavo mes y pareces agotada. Pondré un anuncio en el periódico local pidiendo una secretaria que se ocupe del ordenador y de las cosas básicas. Y se acabó el cuidar de Chelsea por las tardes. Mientras estés de baja ella se puede quedar conmigo en la oficina.

—No seas ridículo, Garrett.

—Es una de mis prerrogativas. Aprovecha el poco tiempo que te queda, hermana, porque la vida no volverá a ser la misma cuando hayan nacido esos dos.

—Está bien, tú ganas —dijo Lisa tras callarse una respuesta que evidentemente consideró inútil al ver el gesto terco de su hermano. Se dirigió a Jenna con un suspiro—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. Buena suerte con los mellizos.

En cuanto hubo desaparecido Lisa, Garrett volvió a ser el hombre reservado que había estado con ella aquella mañana. Tomó una taza y se sirvió café, luego le acercó la cafetera.

—¿Quieres?

—Gracias, media taza me bastará.

Él se acercó para llenarle la taza. Ella percibió su aroma masculino y se dio cuenta de que se le aceleraba el pulso. Todo en él despertaba sus sentidos y encontraba aquella sensación excitante y desconcertante al mismo tiempo.

Haciendo un esfuerzo se sacudió el sentimiento. Lo último que quería o necesitaba era la complicación de sentirse atraída por Garrett Blackwell, no importaba lo guapo o sexy que fuera, cuando su única prioridad era decidir la dirección que tendría que tomar su futuro.

Él sacó el plato de tortitas del horno.

—¿Comiste algo?

—La verdad es que no tengo hambre.

—Tienes que tomar algo más que café antes de marcharte.

—Estoy bien.

—¿Qué comiste ayer? Supongo que te escapaste de tu boda antes de tener la oportunidad de disfrutar del cóctel o de la cena.

—Tomé medio sándwich para almorzar. Estaba nerviosa y no podía comer nada más.

—Bien, con amaretto y café no llegarás muy lejos —tomó una de las doradas tortitas con el tenedor, la puso en un plato y se la acercó a la mesa—. Come al menos un poco. Y mientras comes podemos pensar qué vamos a hacer contigo.

—¿Qué vamos a hacer conmigo? Entre ese comentado y el que le hiciste antes a Chelsea estoy empezando a sentirme como un cachorro vagabundo. Te agradezco lo que hiciste por mí anoche, pero no eres responsable de lo que me suceda, Garrett.

—Te convertiste en responsabilidad mía en el momento en que le dije a Harían que te llevaría a mi casa para que pasaras la noche —dijo él con tono gruñón.

Ella estaba al mismo tiempo conmovida por sus sentimientos caballerosos y también sorprendida por el resentimiento que detectaba en su tono. Podría ser un hombre íntegro, pero por alguna razón que ella desconocía era evidente que lo de la noche anterior no lo había entusiasmado y que el sentimiento de obligación que sentía hacia ella aquella mañana tenía que ver con el beso espontáneo que ella le había dado.

No había habido ninguna desconfianza entre ellos en aquel momento, lo que se contradecía en ese momento con la actitud tensa que mostraba.

—¿Por qué lo hiciste? —Preguntó con calma—. Lo de traerme a tu casa, quiero decir. Podías haberme dejado allí para que me defendiera sola.

—Cariño, estabas muy lejos de ser capaz de hacerte cargo de ti misma. No estabas en condiciones de que se te dejara sola y tus opciones eran limitadas. No podía verte pasando la noche en una celda y no estaba dispuesto a permitir que Beau Harding te acompañase a un motel. Yo era tu opción más segura.

—Gracias.

Él se encogió de hombros. Apoyó una cadera en la encimera y la miró.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Quieres decir ahora que ya no soy la prometida de nadie? La verdad es que no lo sé —sentía la necesidad imperiosa de ser sincera consigo misma—. Espero encontrar la respuesta paso a paso.

Y lo primero que quería hacer era comprarse ropa cómoda, el tipo de ropa que ella solía usar antes de que su madre insistiera en que se convirtiera en una dama y se asegurase un marido respetable. La ropa sofisticada podía darle apariencia elegante, pero no podía encubrir la mancha de su pasado. Y se sentía más ella misma con vaqueros, camisetas y vestidos sencillos de algodón.

—¿Hay por aquí alguna tienda de ropa barata?

Él miró su vestido de marca y alzó las cejas confuso.

—¿Ropa barata?

—Sí, necesito unas cuantas cosas y me vendría bien una tienda de segunda mano —teniendo en cuenta el estado de sus finanzas tenía que controlar sus gastos.

—Bueno, está Kate's Korner. Tiene la tienda en la Avenida Mulberry.

—Perfecto —dio un mordisco a la tortita y la encontró muy buena. Él siguió mirándola confuso y dejó la taza en la pila.

—Le diré a Rylan que te lleve a Kate's si es lo que quieres, y luego de vuelta a la ciudad.

Evidentemente estaba ansioso de librarse de ella; no podía culparlo después de la forma en que se había introducido en su vida. Pero había una cosa de la que ella estaba segura: no iba a volver a San Louis, porque la vida que había llevado allí era ficticia y llena de unas expectativas que jamás se harían realidad.

—No es necesario, hacer que me acompañe Rylan, me refiero —respiró hondo y se aferró a su decisión—. Creo que me quedaré un tiempo en Danby.

—¿Por qué? —preguntó incrédulo.

—Ya no hay nada para mí en San Louis. Nunca más.

—¿Qué pasa con tu familia?

—Te dije que no tenía familia y es verdad. Nunca conocí a mi padre, no tengo hermanos y mi madre murió de enfisema hace tres años.

—¿Y abuelos, tíos u otros parientes? Tiene que haber alguien.

—Nunca conocí a ninguno de ellos —no quería contar la historia de su familia ni cómo habían reaccionado sus abuelos cuando la madre de Jenna se quedó embarazada a los diecisiete años. Se puso en pie y llevó el plato a la pila—. Realmente no hay nadie.

—¿Qué pasa con tu prometido? —Parecía estar desesperado por encontrar a alguien que se la llevara a San Louis—. Estoy seguro de que sucediera lo que sucediese entre vosotros puede tener algún arreglo.

Explicar su relación con Sheldon era imposible. Tenía intención de llamarlo más tarde para pedirle disculpas por salpicarle a él y a su familia con su escándalo y no tenía ninguna duda de que aquella conversación pondría fin a su relación como pareja. Lavó el plato y los cubiertos con mucha más concentración de la que exigía la tarea. Cualquier cosa valía para huir de la penetrante mirada de Garrett.

—Todo está definitivamente acabado entre Sheldon y yo.

—¿No lo querías?

—Sheldon me importaba mucho —era un buen hombre y, aunque habían hablado de amor, nunca había sido el tipo de pasión con la que ella había soñado—. Pero lo mejor es que cada uno siga su camino.

—Volverás a San Louis, Jenna —dijo Garrett con voz convencida—. Es allí donde vives.

—Ya no vivo allí, Garrett. Y no importa lo que tú quieras creer, no tengo ninguna razón para volver —él abrió la boca para protestar, pero ella le cortó—. Dejé mi trabajo de secretaria el mes pasado para ser una mujer de su casa para Sheldon. No renové el contrato de mi apartamento porque no iba a necesitarlo y Sheldon me hizo vender mi coche y me compró un Mercedes que le parecía más adecuado para la mujer de un médico. Todas mis pertenencias personales están en unas cuantas cajas que estoy segura que Sheldon me mandará encantado a mi nueva dirección, sea la que fuere.

Se le quebró la voz por la emoción, pero se forzó a seguir tanto por Garrett como por ella misma.

—Hasta que decida qué voy a hacer con mi vida, Danby es un sitio tan bueno como cualquier otro para quedarse —él apretó la mandíbula pero no dijo nada—. Tengo toda la impresión de que no me quieres aquí, pero voy a quedarme. Estoy segura de que ya te he causado bastantes problemas, pero una vez que salga de tu casa puedes considerar que toda obligación hacia mí está terminada. Lo último que deseo es ser una carga para nadie.

Se miraron fijamente el uno al otro, con las miradas enlazadas en un silencioso duelo de voluntades. La tensión en la cocina era tangible. Garrett estaba sorprendido del calor y de la fiereza de espíritu que ella demostraba. Tenía la espalda derecha como un huso y una postura orgullosa, pero no se podía negar la vulnerabilidad que acechaba tras su dura fachada.

Al ir pasando los segundos el sentimiento de culpa fue creciendo en Garrett. Él la había provocado y se merecía que le hubiera regañado.

Analizar sus razones era ridículamente sencillo. Ella era una carga, de la clase que provocaba un auténtico caos en sus sentidos y su libido, y en otro nivel, también en sus emociones. Y eso era lo que más lo irritaba de todo, su atracción hacia ella cuando era exactamente lo que menos necesitaba en su vida.

Él no quería a Jenna en Danby por aquellas razones puramente egoístas, aunque no parecía que fuera a poder opinar sobre el asunto. Lo único que podía hacer era aceptar lo inevitable y esperar a ver qué pasaba

con su decisión de quedarse. Ella podía no volver a San Louis, pero no le parecía probable que eligiera Danby como lugar de residencia permanente. Aparte de las personas que vivían allí, no había nada interesante para alguien que fuera de visita.

Su propia esposa había demostrado esa teoría y se había aburrido rápidamente del lugar, y él había pagado muy cara la falta de interés de Ángela por su matrimonio y por la hija que había tenido.

El recuerdo de la traición de su esposa muerta le hizo tomar perspectiva. Al igual que Ángela, Jenna había escapado del compromiso y de las ataduras en busca de independencia y libertad, y aunque él no conocía las razones por las que Jenna había salido huyendo de su boda, su falta de interés en solucionar los problemas que hubiera podido tener con su novio era suficiente para convencer a Garrett de que la estancia de aquella mujer en Danby era temporal, hasta que apareciera algo mejor y más excitante.

—Si te vas a quedar en Danby más vale que me vaya acostumbrando a que nos encontremos.

—Supongo que sí —ella levantó la barbilla mostrando un rasgo terco en su personalidad, que él admiraba y lo molestaba al mismo tiempo. Su cabello ondeó con el movimiento, una cascada indomable de rizos que lo atraían. Sin pensar en las consecuencias y olvidando el sermón que se acababa de decir a sí mismo, alzó la mano y le colocó con suavidad un rizo detrás de la oreja. Pasó los dedos sobre su suave mejilla y luego apretó el pulgar sobre el lunar que tenía en el lado izquierdo de la boca. Ella suspiró y lo miró a los ojos insegura.

Se dijo a sí mismo que tenía que retroceder, que dejarla en paz. Pero entonces recordó su sabor y toda lógica desapareció, reemplazada por un hambre y una necesidad que barrió todo pensamiento excepto su deseo de volver a besarla.

Ella parecía haberse quedado muda y no protestó cuando él le puso la mano en la nuca y utilizó el pulgar para levantarle aún más la barbilla. Abrió los labios, pero no para hablar, parecía estar completamente sincronizada con él.

A pesar de sus diferencias y de la discusión ella también lo deseaba. Él bajó la cabeza... y en aquel momento la puerta delantera se cerró de un portazo.

Jenna saltó hacia atrás, y él la soltó, dándose cuenta de que las cosas habían estado a punto de ir muy lejos. Ella se sonrojó, avergonzada de su conducta. Antes de que hubiera podido decir una sola palabra, Rylan entró en la cocina.

Jenna se sentía agradecida por la súbita aparición de Rylan. Si no hubiera sido por él estaba segura de que se hubiera dejado arrastrar por ese deseo que flotaba entre ellos, un tipo de atracción muy peligroso y que ella no estaba preparada para manejar, no importaba lo deseable y femenina que él la hacía sentir.

No se iba a quedar en Danby para hacer más graves sus errores y definitivamente no estaba buscando ninguna clase de relación con un hombre, por más que la atrajera. Tenía demasiadas cosas que resolver y un oscuro secreto que no agradaría a ningún hombre.

Miró a Rylan y consiguió sonreír, aunque un poco forzadamente. Él miró con suspicacia pero no hizo ningún comentario y habló directamente con su hermano.

—Voy al almacén a comprar abono para césped. ¿Necesitas que te traiga algo de la ciudad?

—No, pero puedes llevar a Jenna cuando vayas.

—¿Eh?

—Quiere comprar unas cuantas cosas en Kate's Korner.

—Y si me puedes aconsejar un sitio para quedarme. También me vendría bien que me acercaras allí.

—Llévala a Ella Vee —dijo Garrett con brusquedad. Rylan asintió y, ante la mirada inquisitiva de Jenna, explicó:

—Ella Vee es una amiga de la familia. Es viuda, tiene una casa grande de dos pisos y alquila habitaciones en el piso de arriba.

—Eso será perfecto.

—Muy bien, entonces Ella Vee. Estoy en la puerta, cuando quieras nos vamos.

Salió de la casa y reinó un tenso silencio. Jenna fue la primera en romperlo.

—Voy a recoger mis cosas de tu cuarto y me marcho con Rylan —se acercó a él y le tendió la mano de manera muy formal—. Gracias de nuevo, Garrett, por todo.



Él dudó un instante y luego le tomó la mano, haciendo que su intento de saludo impersonal se quedase en nada. Ella tembló sorprendida del efecto que le provocaba su contacto.

Él apartó la mano, cortando la conexión, como si temiera que ese simple roce le pudiera llevar a... otra vez.

—Procura no buscarte problemas, Jenna —dijo con voz ronca.

—Haré lo que pueda, pero últimamente parece que son los problemas los que me encuentran a mí.

## *Capítulo 4*

**L**a mujer aquella era un problema con P mayúscula. Tres días más tarde Garrett seguía pensando en Jenna Phillips y en sus curvas generosas, en aquel pelo rizado que él encontraba demasiado fascinante y en aquellos ojos azules que tenían la capacidad de alterarlo completamente.

Problema, problema, problema.

Con un gruñido que expresaba claramente su malhumor, apretó las teclas de la calculadora y siguió haciendo el presupuesto. Había conseguido evitar encontrarse con Jenna en la ciudad, pero eso no había impedido que se deslizara en sus sueños por la noche y que lo persiguiera durante el día. No lo ayudaba que la camisa que llevaba puesta, la que ella se había puesto para dormir y su hija había colgado luego en el armario, conservara su perfume femenino. Cada vez que respiraba sentía deseo por algo que no le venía bien desear.

Las voces de Lisa y Rylan que provenían de otro despacho de Blackwell Engineering devolvieron a Garrett al presente. Agradeció la distracción. Su hermano se dirigía a la ciudad, a un nuevo proyecto, y necesitaba algunos de los planos que estaban aún en la habitación en la que Garrett los había estado estudiando la noche anterior y había que enrollarlos y guardarlos en un tubo.

Garrett fue hacia la zona de recepción. Rylan se había ido a su despacho y Lisa estaba sentada tras el escritorio, estudiando un montón de recibos y atendiendo el teléfono.

Frunció el ceño al verla, era evidente que estaba demacrada y fatigada. Por el momento el anuncio que habían puesto en el periódico solo había atraído a tres mujeres, pero ninguna había sido del gusto de Lisa. Teniendo en cuenta que ella se había hecho cargo de todas las tareas de secretaria desde los dieciocho años, Garrett pensaba que a ella le resultaba difícil entregar las riendas a una desconocida. Pero antes o después no iba a quedar más remedio... y Garrett optaba porque fuera antes.

Estaba enrollando los planos que Rylan iba a necesitar cuando entró su hermano. Mientras Garrett se había convertido en el hijo responsable tras la muerte de su padre para hacerse cargo del negocio de la familia y poder salir adelante, Rylan se las había apañado para mantener su actitud indolente ante las mujeres, el trabajo, y la vida en general. Aunque era una

persona de fiar y trabajaba mucho, Rylan se tomaba en serio muy pocas cosas, y nada parecía preocuparlo.

—Hola, hermano, ¿sabes a quién vi anoche en Leisure Pointe?

La traviesa sonrisa y el tono de voz provocó la curiosidad de Garrett.

—No tengo ni idea, ¿a quién viste?

—Tu Jenna Phillips estaba allí.

A Garrett se le encogió el estómago al oír su nombre. Ella no parecía del tipo de mujeres que pasaran una noche laborable en un bar, pero tenía que admitir que no la conocía bien.

—Jenna no es mía —aclaró tan indiferente como pudo.

—Estoy seguro de que podría serlo si jugases bien tus cartas.

—A diferencia de ti, Ry, yo no necesito una mujer en mi vida —dijo controlando su irritación. Rylan se rió y lo miró atentamente tras su apariencia despreocupada.

—Bueno, puede que si tuvieras una mujer en tu vida no estarías tan tenso como has estado los dos últimos días.

Garrett deseó poder ofenderse ante el comentario de su hermano, pero la triste verdad era que Rylan tenía razón acerca de su estado de ánimo irascible. Y Jenna tenía la culpa de todo, y también él por haber permitido que ella se le metiera bajo la piel.

Decidido a echarla de su cabeza, volvió a su despacho y siguió trabajando en el presupuesto. Rylan apareció en el umbral de la puerta unos segundos más tarde y entró sin pedir permiso.

—¿No tienes ni un poco de curiosidad por saber qué estaba haciendo en Leisure Pointe?

—La verdad es que no —mintió, sin ser capaz de mirar a Ry a los ojos. Rylan se sentó.

—Está trabajando allí de camarera.

Garrett dio un respingo y miró a Rylan. Estaba seguro de haber oído mal a su hermano, porque si le resultaba difícil imaginársela en Leisure Pointe tomando una copa, era imposible verla trabajando allí, sirviendo bebidas.

—¿Que está haciendo qué?

—Es la nueva camarera de Harían —esta vez Garrett lo oyó perfectamente—. Pero creo que dijiste que no te interesaba —añadió Rylan con rapidez. Con una sonrisa triunfal se levantó y fue hacia la puerta.

—Y no me interesa —se arrepintió inmediatamente del tono con el que lo había dicho, era demasiado revelador. Antes de salir Rylan le dijo:

—Tengo que decir que Jenna está muy bien con vaqueros y camiseta ajustados —Garrett tiró el lápiz contra la mesa y alzó la cabeza con el ceño fruncido y la mirada torva. Su cara decía lo que él no quiso poner en palabras: ¿Qué haces comiéndote a Jenna con los ojos? Rylan alzó la mano para protegerse de la ira de Garrett—. Oye, que no fui el único en darse cuenta del cuerpo tan increíble que tiene.

La idea de que otros hombres intentaran acercarse a ella encendió un fuego de posesión en sus venas que no le hacía ningún bien. Se dijo con firmeza que a él no le importaba lo que hiciera Jenna.

—Se nota que no ha servido copas antes —siguió Rylan—. O sea, está aprendiendo deprisa, pero está fuera de lugar en ese bar. Y a diferencia de Becky no sabe qué hacer ante los avances de algunos de los tipos.

—¿Quién está haciendo avances? —preguntó Garrett sin poder contenerse. Rylan se encogió de hombros como si no importase, pero en su mirada había un brillo de diversión que hizo saber a Garrett que su hermano le estaba provocando deliberadamente—. Suéltalo ya, Ry. ¿Quién?

—Beau es el peor —admitió, su ceño demostraba su desagrado ante la situación—. Él cree que es divertido aprovecharse de lo educada e inocente que es. Harían le dijo a Beau y sus compinches que mantuvieran las manos quietas, pero Beau en particular es de los que no escuchan a nadie.

Garrett se puso rígido ante la mención de Beau, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar que no era el guardaespaldas de Jenna.

—Y ¿qué esperas que haga al respecto?

—Nada. Solo pensé que te gustaría saber qué estaba haciendo Jenna —Rylan lo miró a los ojos con una expresión seria poco frecuente en él—. Garrett, ella no pinta nada allí, lo sabes igual que yo.

—Jenna es mayorcita y no es un problema del que yo deba preocuparme. Puede hacer lo que le plazca.

—Ya, supongo que tienes razón. Había pensado echarla un ojo esta noche, por si Beau decidía acosarla, pero he quedado con Emma y no vamos a ir a Leisure Pointe. Así que me imagino que Jenna estará sola.

Garrett tomó el lápiz y el presupuesto, negándose a morder el anzuelo que su hermano le tendía.

—Sí, me imagino que sí.

Maldito Rylan, pensó Garrett irritado. Su hermano sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando le habló del nuevo trabajo de Jenna y del acoso de Beau. Estaba claro que Ry pensaba que Jenna necesitaba un protector y que creía que Garrett era la persona indicada para la tarea.

A lo mejor a Garrett no le hubiera importado tanto si su mujer no lo hubiera quemado. Sabía que enredarse en los problemas de otra mujer no haría ningún bien al tipo de vida estable y tranquila que había conseguido hacer para Chelsea y para él.

El aparcamiento de Leisure Pointe estaba tan lleno como había estado el sábado por la noche. Y Garrett supo que al igual que la otra vez él pasaría la tarde intentando proteger la virtud de Jenna de los parroquianos más indeseables que frecuentaban el establecimiento.

Maldijo una vez más la intromisión de su hermano, y su propia debilidad ante aquella mujer. Aquella misma mañana se había jurado no verse envuelto con Jenna y los peligros de su empleo, que no le importaba lo que le pudiera pasar y que no tenía ningún tipo de obligación hacia ella.

Y, sin embargo, no había podido pensar en todo el día en nada más que en Jenna, y por la tarde lo invadió el sentimiento de culpa. A pesar de no querer sentirse responsable, sabía que si a Jenna le pasaba algo que él hubiera podido evitar no se iba a perdonar nunca por no haber hecho caso a la insinuación de Rylan y a su propio instinto masculino.

Una vez que Rylan hubo salido de casa para recoger a Emma, Garrett se había puesto inmediatamente en acción. Llamó a Lisa para que cuidase a Chelsea unas horas, la dejó en su casa y se fue a Leisure Pointe.

Una vez allí volvió a cuestionarse su cordura, que parecía haberse tomado últimamente unas vacaciones.

Entró en el bar y echó una ojeada alrededor, y vio a Jenna con unos estrechos vaqueros y una bandeja de bebidas dirigiéndose hacia un reservado. Se inclinó para servir a la pareja que estaba allí y Garrett sintió

que le subía la presión arterial. Y también que, como Rylan le había indicado, la mitad de la población masculina que había en el bar también estaba apreciando la figura de Jenna. Tenía una sensualidad tan natural, en sus gestos y su manera de moverse, y sin embargo no parecía darse cuenta de su atractivo.

Se sentó en una pequeña mesa que estaba en una esquina en la que pasaba desapercibido y esperó a que Jenna o Becky fueran a servirle la bebida, preparándose para una larga noche de vigilancia.

Miró a los clientes. Su gesto se hizo más duro al divisar a Beau sentado con un grupo de jóvenes.

—Santo cielo, no me gustaría ser la persona a la que estás mirando con esa cara.

Levantó la vista y vio a Jenna de pie a su lado con una pequeña bandeja y una sonrisa amistosa. No perdió el tiempo con charla cortés.

—Jenna, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy trabajando —dijo ella con naturalidad, sin que le afectara la dureza de su tono de voz. Sacó un cuaderno y un bolígrafo del delantal y lo miró, lista para tomar nota—. ¿Qué vas a tomar?

—Una cerveza —dijo automáticamente y luego siguió con su tema—. ¿Por qué aquí?

—Porque Harían necesitaba otra camarera, yo necesitaba un trabajo y el sueldo es decente. Y si necesitas más razones personales tengo que pagar el alquiler a Ella Vee, estoy buscando un coche de segunda mano para no tener que venir andando al trabajo y tengo más cuentas que pagar. Bastante sencillo, el trabajo significa dinero.

Su respuesta era lógica y legítima. Garrett pensó que debería levantarse de la silla, irse de allí y dejar que Jenna hiciera lo que le pareciera bien, pero aquel maldito sentido del deber lo mantuvo firmemente pegado a su asiento.

—No encajas aquí, trabajando en un bar.

—Según tú no encajo en esta ciudad, punto. ¿Por qué es distinto si trabajo aquí que si lo hago en otro lugar de Danby?

—Sabes lo que quiero decir, Jenna. Este bar no es sitio para una dama como tú, ni trabajando ni de ninguna otra forma.

—Garrett, a veces tenemos que hacer cosas que no queremos hacer, solo para salir adelante. Esta no es la primera vez que he hecho algo

porque no tenía otra elección. Y dado que no quiero volver a la ciudad y que mis opciones son limitadas, me tomo lo mejor posible aquello que se me ha ofrecido.

—Jenna...

—Gracias por tu preocupación —dijo antes de que él pudiera poner otra objeción—. Pero en este momento estoy muy ocupada y no tengo tiempo para discutir contigo. Tengo que atender a los clientes.

Se volvió y fue hacia la barra y él la dejó ir, frustrado más allá de toda lógica por su respuesta cortante. Estaba lleno de sentimientos contradictorios y su irritación aumentó cuando Becky le sirvió la bebida en lugar de Jenna.

Estuvo sentado allí dos horas, con una sola cerveza, observando a Jenna, que lo evitaba, y vigilando a Beau, que seguía pidiendo más rondas de bebida para él y sus amigos. Cuanto más bebía Beau más se le aflojaba la lengua y más ofensivo se ponía. Ni siquiera un comentario de Harían suavizó sus comentarios y sus obvias tácticas de flirteo con las clientes femeninas y las camareras.

Entonces Beau cometió el error de tocar a Jenna después de que ella le hubiera servido las bebidas y pasó deliberadamente la mano por su trasero. Su gesto fue lo bastante molesto y personal como para que Jenna le pidiera educadamente que se estuviera quieto, cosa que el hombre se tomó como una provocación.

La tomó por el brazo y la obligó a sentarse en sus rodillas. Jenna abrió los ojos sorprendida y Beau y sus amigos se rieron escandalosamente ante su atrevimiento.

El genio de Garrett explotó como una bola roja de fuego. Sin pensar un momento en las especulaciones que podía provocar su defensa de Jenna, saltó de su asiento y fue decidido al otro extremo del local. Por el rabillo del ojo vio a Harían que salía de detrás de la barra para controlar la situación, pero no le dio ninguna oportunidad de hacerlo.

Cuando Garrett llegó a la mesa, Jenna estaba otra vez de pie, pero absolutamente humillada por lo que había sucedido. Tenía la cara roja de vergüenza y la mortificación que había en su gesto encendió aún más la furia de Garrett.

Intentando proteger a Jenna se puso a su lado. Beau alzó la cara y lo miró con insolencia. A Garrett no lo intimidaba en absoluto aquel hombre.

—Si vuelves a tocar a la señora te detendrán por acoso sexual.

—¿Sí? —Beau intentó ponerse en pie, pero se tambaleó un poco. Luego sacó pecho con actitud beligerante—. ¿Y quién me va a detener, tú y quién más, Blackwell?

Garrett cerró los puños. Despreciaba a los hombres que se aprovechaban de los puntos vulnerables de las mujeres y Beau era de los más sórdidos. No quería ni pensar en lo que podía haber intentado hacer a Jenna si él no hubiera estado allí para impedirlo.

—Créeme, Harding —dijo con un tono bajo y peligroso al que cualquier hombre listo prestaría atención—. La única persona por la que tienes que preocuparte soy yo.

—¿Quién dará la cara por ella cuando tú no estés?

Furioso por la insinuación y por la sutil amenaza hacia Jenna, Garrett dio un paso hacia Beau, con intención de ponerlo contra la pared y obligarlo a abandonar su actitud arrogante. Pero antes de que pudiera hacerlo, Harían se puso entre ambos.

—Calma, chicos.

Garrett se echó inmediatamente hacia atrás, disgustado consigo mismo por haber estado a punto de iniciar una pelea en el bar de Harían.

Harían se fue hacia Becky, que había estado observando el acalorado encuentro con la misma fascinación e interés que el resto de los clientes.

—Trae a Beau y a todos los demás de esta mesa una ronda de café fuerte y caliente —ordenó, mirando a Beau—. Y luego os sugiero a ti y a tus amigos que os marchéis pacíficamente o llamaré a al sheriff para que os acompañe. La elección es vuestra.

Aunque Beau se sentó sin discutir a esperar la llegada del café para contrarrestar el alcohol que había consumido, le lanzó a Garrett una mirada oscura y hostil que demostraba que su sometimiento era temporal.

A juzgar por el brillo de sus ojos, Garrett no tuvo ninguna duda de que Jenna seguiría siendo el centro de los avances salaces de Beau mientras siguiera trabajando en el Leisure Pointe. No le quedó más remedio que admitir que Rylan tenía razón, Jenna estaba fuera de su elemento y era presa fácil para Beau y sus compinches, o cualquier otro hombre que decidiera aprovecharse de su inexperiencia como camarera de bar.

Harían se volvió hacia Jenna, que aún no se había recuperado del todo.

—Jenna, tú puedes servir las bebidas que he dejado en la barra para la mesa de la esquina.



—Muy bien —dijo respirando hondo para recuperar la compostura.

Al ver aquel esfuerzo exterior para encubrir su inseguridad interna, Garrett se sintió invadido por un sentimiento que se negó a examinar atentamente por miedo a lo que pudiera significar. Y además no quería analizar la decisión que estaba a punto de tomar en nombre de Jenna.

Ella se agachó para recuperar la bandeja que había soltado cuando la atacó Beau y atender el pedido de Harían, pero antes de que pudiera hacerlo Garrett la tomó por la muñeca, le quitó la bandeja de las manos y se la entregó a Harían.

—Vas a tener que buscar otra camarera. Jenna se marcha.

Ella hizo un ruido de indignación, pero, antes de que pudiera decir nada, él la sacó del bar a paso rápido y fue hacia el aparcamiento llevándola prácticamente a rastras.

Al llegar al coche, Jenna clavó los talones en el suelo y se soltó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó indignada.

—Creo que es evidente, te estoy salvando de ti misma.

—No recuerdo haber pedido que me salvarasen ni que me rescatasen, ni a ti ni a nadie —avanzó hacia él y le puso un dedo en el pecho—. La escena que has montado en el bar era bárbara y anticuada, y no te agradezco que tomes por mí decisiones que soy perfectamente capaz de tomar por mí misma, ni tampoco tu actitud de hacerte cargo de las cosas.

Él se puso rígido. Jenna estaba demasiado cerca, la tensión formaba un arco entre ellos y le provocó una oleada de deseo que intentó suprimir.

—Tal y como yo lo veía mi intervención era necesaria —se puso las manos en las caderas e inclinó su cara hacia la de ella, pero ella no se echó atrás, como él había esperado, sino que tercamente mantuvo su postura—. No puedo venir todas las noches para asegurarme de que Beau o cualquier otro borracho no te acosen.

—¿Te he pedido que lo hagas? Creo que había quedado claro que no soy responsabilidad tuya.

—Te he estado observando esta noche durante dos horas, Jenna, esquivando avances mientras intentabas servir las bebidas. Estás completamente fuera de lugar en ese bar, y todo el mundo lo sabe menos tú. Vale, es posible que me haya pasado en mi reacción, pero no siento haberte sacado de allí. Lo hice por tu bien.

—¿Cómo sabes cuál es mi bien? —alzó la cabeza desafiante—. Maldita sea, Garrett, ¿cómo sabes lo que quiero o lo que necesito?

El desafío que había en su voz le pasó desapercibido, lo único que penetró en su mente era lo que él quería, lo que él necesitaba desde la noche en que la conoció. Pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia él, usando la otra mano para sujetarle la cara.

Sus miradas se cruzaron, ella parecía sorprendida, pero no asustada. De hecho, la rebelión brillaba en sus ojos, en un reto silencioso que provocaba todos sus instintos básicos de varón... conquistar, reclamar y poseer.

Se moría de ganas de saborearla y, antes de cambiar de opinión o de que ella se diera cuenta de lo que quería hacer, puso su boca sobre la de ella. Jenna exhaló un gemido, pero no se resistió ni protestó. Sus suaves labios se adaptaron a los de él, que saboreó su suave tacto, luego la sujetó por la nuca y apretó su boca más firmemente sobre la de ella. Jenna abrió la boca permitiéndole que explorase más profundamente.

Mientras que su primer beso había sido de gratitud, este era excitante, sensual y muy satisfactorio. Su boca era dulce y generosa, pura magia, y él no parecía tener nunca bastante.

Sus cuerpos se aproximaron. Él sentía el roce de sus pezones rígidos, y la fricción de sus muslos y cada pequeña caricia, cada roce, lo inflamaban aún más. El deseo creció hasta unas proporciones alarmantes.

El ruido de conversación de unas personas que salían de Leisure Pointe le aportó la dosis necesaria de realidad y le devolvió el sentido común. Gimiendo, apartó su boca de la de ella y dio un paso atrás aturdido por la intensidad de su respuesta hacia ella.

Ella lo miró y se tocó los labios, parecía estar igualmente atónita, toda su ira se había disipado. Y Garrett se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que aquella mujer quería o necesitaba, y estaba empezando a sospechar que nadie se había tomado el tiempo o el cuidado necesarios para descubrir qué era lo que Jenna Phillips anhelaba.

Él era igualmente culpable. No había pedido permiso para besarla. Y no tenía ningún derecho a hacerlo, sobre todo porque no sabía si ella albergaba aún sentimientos hacia su antiguo prometido.

Amablemente la condujo hacia el coche y abrió la puerta.

—Sube al coche, Jenna, te llevaré a la casa de Ella Vee.

Jenna aceptó sin discutir, lo que hizo saber a Garrett que estaba recuperándose de la experiencia del beso. Cerró la puerta de ella y fue hacia el asiento del conductor. Respiró hondo para aclarar la cabeza, pero no había mucho que pudiera hacer para borrar el aroma femenino que se enroscaba a su alrededor o el dulce sabor que le había quedado en los labios.

Soltó un gemido torturado, sabiendo que lo esperaba otra larga noche de insomnio.

## *Capítulo 5*

No debía haberle permitido que la besara, pensaba Jenna mientras Garrett la llevaba en silencio hacia la casa de huéspedes. Un casto roce de labios era una cosa, pero ella no estaba preparada para el tipo de sensualidad que había despertado Garrett en ella, y nunca hubiera podido soñar que su respuesta pudiera ser tan desinhibida.

Tras años de haber suprimido sus necesidades femeninas bajo una capa de sofisticación y decoro para ser respetable, por fin sabía qué significaba el calor de la pasión y lo dulce que podía ser el sabor del deseo. Había disfrutado de la seducción de Garrett y había deseado más. Aquella revelación en especial era sorprendente, y además amenazaba su estabilidad emocional, porque iba en contra de todos los consejos que su madre le había dado siempre.

Cerró los ojos recordando aquellos sermones. Su madre se había pasado la vida buscando un hombre que se ocupase de ella, pero sus elecciones nunca habían sido buenas y había acabado utilizada, herida, y sola. Cuando Jenna cumplió los quince y los chicos empezaron a fijarse en su figura, su madre le había explicado sus experiencias con los hombres y las había utilizado como ejemplo de lo que no quería para su hija.

Jodie nunca había tenido suerte en el amor, y había inculcado a Jenna la importancia de la respetabilidad y de tomar decisiones prácticas en todo lo que tenía que ver con el sexo opuesto. El amor y los sentimientos frívolos solo podían acarrearle penas, le había asegurado su madre, pero nadie la podía privar de su virtud y dignidad. No, eso lo había hecho Jenna sola, al aceptar un trabajo menos que respetable para poder pagar las facturas médicas de su madre.

Aquel delito en particular se había descubierto el día de su boda al pie del altar y había puesto furiosos e incrédulos a Sheldon y su madre. Entonces supo que no solo no era lo bastante buena para Sheldon, sino que su pasado podía destruir su reputación y posiblemente su carrera.

Tembló ante el recuerdo, sabiendo que la decisión que tomó en el pasado reduciría sus oportunidades de alcanzar el tipo de felicidad que deseaba, sobre todo de encontrar un hombre que la respetase lo bastante como para pedirla en matrimonio. Era todo lo que había deseado siempre,

pero el miedo a otro escándalo sería siempre una amenaza y ¿qué hombre querría a una mujer que ocultaba un secreto semejante?

Desde luego, no un hombre honorable y respetable como Garrett.

Con las mejillas encendidas por el recuerdo de su avidez hacia él en el aparcamiento, miró hacia el frente, hacia la oscuridad de la noche. Sabía que debía estar avergonzada por su conducta, pero a decir verdad deseaba el beso de Garrett. En ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de rechazarlo o protestar, y no sentía el menor remordimiento por haberle permitido tomarse aquellas libertades.

Nunca antes había sentido aquella sensualidad abrumadora, ni siquiera con Sheldon, que nunca le inspiró nada más que afecto.

—¿Estás bien?

La profunda voz de Garrett rompió el silencio. Ella se dio cuenta de que estaban aparcados en la acera en frente de la casa de Ella Vee, con el motor en marcha.

Lo miró, él estaba otra vez hosco y distante y el cambio brusco la frustró.

—Es muy amable por tu parte preguntar, si tenemos en cuenta que estoy sin trabajo por la escena que montaste en el bar. Estoy segura de que todo el mundo oirá hablar de lo de esta noche y ambos estaremos en el centro del cotilleo.

—No sería la primera vez que yo fuera el tema de conversación de esta ciudad —murmuró él entre dientes.

—¿Qué quieres decir?

—Mi mujer tenía facilidad para atraer la atención hacia ella y yo estaba siempre en el centro de la especulación.

Él no dio más información, pero fue evidente para Jenna que el matrimonio de Garrett había sido turbulento. Luchó contra el deseo de preguntar qué había sucedido entre su mujer y él para que desconfiase tanto de las mujeres, especialmente de ella. Pero su respuesta no tenía mucha importancia porque el beso había sido un accidente y no iba a volver a suceder.

—No es culpa mía lo que sucedió en Leisure Pointe, Garrett —dijo con suavidad—. No te pedí que fueras mi guardián. Todo lo que quiero es encontrar un sitio donde encajar y ganarme la vida y me lo estás poniendo difícil.

—Hablaré con Harían para que te vuelva a aceptar si es eso lo que quieres.

Aunque Jenna había estado furiosa con él al principio por meterse en sus asuntos, en lo más profundo de sí estaba conmovida de que él hubiera sido su caballero andante. Nunca le había importado tanto a nadie.

Y si era completamente sincera consigo misma tenía que reconocer que no estaba hecha para trabajar en un bar. Lo había sabido desde que le pidieron la primera bebida, pero aceptar el puesto había sido un medio para lograr un fin. No era la primera vez en su vida que había tenido que hacerlo, pero le gustaría ser capaz de mantenerse a sí misma sin tener que aceptar empleos tan alejados de su ideal. Algo que fuera estable, seguro, y digno.

Y estaba también el hecho de que Harían no había intentado detener a Garrett, ni a ella, cuando abandonaron el establecimiento, lo que la hacía pensar que Harían estaba de acuerdo con la decisión de Garrett de terminar con su empleo en Leisure Pointe.

Abrió la puerta del coche. Él esperaba una respuesta a su pregunta sobre Harían.

—Todo lo que yo quiero, lo que siempre he querido, es pertenecer a algo. No espero que entiendas mis sueños sencillos, Garrett, porque tú vienes de una familia unida y cariñosa, pero yo no he sentido nunca ese tipo de aceptación, ni siquiera con Sheldon. Ahora estoy sola, y no quiero apoyarme en nadie para nada si no es necesario. Estoy intentando ganarme la vida honestamente y volver a ser dueña de mi vida y todo lo que te pido es que me permitas hacerlo aquí, en Danby.

Tras decir esto salió del camión y se dirigió hacia la casa, sintiendo la mirada de Garrett sobre ella durante todo el camino.

Las palabras de Jenna resonaban en la mente de Garrett, pesando en su conciencia, y aumentando el sentimiento de culpa que sentía desde que la había soltado en la casa de Ella Vee tres días antes. Miró a Rylan a través de la mesa mientras cenaban en la casa de Lisa. Si no hubiera sido por la provocación de su hermano él no estaría en aquel lío.

—Tu brillante idea de cuidar a Jenna funcionó bien, Ry.

—Yo nunca dije que te despidieras del trabajo en su nombre.

—Jenna no debería estar trabajando en un lugar como Leisure Pointe de todas formas —dijo Lisa, dando su opinión sobre el asunto.

—Eso es exactamente lo que intenté explicarle a Garrett. Aunque no me escuchó.

—Claro que te escuché. Por eso Jenna está ahora sin empleo.

—Imagínate lo que podría haber pasado si no hubieras estado allí la otra noche —intervino Duane.

Las situaciones posibles no complacían a Garrett. No se fiaba de Beau, pero una cosa era proteger la virtud de Jenna y otra hacer que dejase el trabajo, decisión que había tomado en el calor del momento. Una decisión que había llegado a lamentar con el paso de los días, casi tanto como aquel beso que habían compartido. Lisa le puso una mano sobre el brazo.

—Sé que no te sientes a gusto con la forma en que ha salido todo, pero hiciste lo que debías, Garrett.

Él siempre había hecho lo que debía. Su hermana lo conocía bien y también toda su familia. Desde la muerte de su padre él había asumido el papel de cabeza de familia y proteger a los que quería se había convertido en un instinto natural. Nunca había imaginado que eso lo conduciría a la red de engaños de Ángela y aprendió que hacer lo que debía no siempre tenía su recompensa.

Él había dado, Ángela había recibido, y le había pagado decepcionándolo de tal forma que cambió para siempre al hombre confiado que él había sido. Sin duda era ya más cauteloso en lo que tenía que ver con las mujeres, incluida Jenna Phillips, aunque había en ella algo que le hacía desear creer que ella era justamente lo que parecía que era: una mujer que estaba buscando un lugar que pudiera sentir como suyo.

Pero él seguía sin tener idea de qué era lo que la había hecho salir disparada el día de su boda, y aquel misterio lo inquietaba, le hacía preguntarse qué secretos estaba ocultando.

—¿Sabes? Hay una forma de repararlo.

—¿Cómo? —preguntó Garrett escéptico ante el brillo de la mirada de Lisa.

—Aún no has contratado a nadie para que trabaje en la oficina en mi ausencia.

—No —dijo bruscamente. Sabía exactamente qué había detrás de la sugerencia y no quería tomar parte en aquello.

—Pero Jenna sería perfecta. Recuerdo que me dijiste que había sido secretaria en San Louis.

—No.

—¿Por qué no?

Tres pares de ojos lo miraban fijamente, haciendo la misma pregunta, deseando la misma respuesta: «Porque esa mujer me lleva al caos mental y físico», pensó.

—Porque me distraería más de lo que quiero y de lo que necesito.

—No es mala cosa ese tipo de distracción —rió Rylan. Lanzó a su hermano una mirada helada. También Jenna lo afectaba de aquella forma, le hacía sentirse posesivo aunque él nunca había sido celoso.

—Déjalo Ry.

—Garrett, es una gran idea —Lisa tomó aliento al sentir una fuerte patada, cosa que le recordó que la fecha del parto se aproximaba con rapidez—. De hecho, Jenna podría trabajar las mismas horas que yo hago ahora y cuidar de Chelsea por las tardes cuando vuelve de su curso de verano y así no tendría que estar toda la tarde metida en la oficina contigo.

—Yo quiero que me cuide Jenna, por favor, papá.

Garrett se frotó las sienes, que le dolían, sintiendo que perdía rápidamente el control de la situación. Se resistía a dar la razón a su familia porque él sabía lo que era bueno para él. Y eso no era Jenna Phillips.

Desgraciadamente se sentía culpable y responsable. Dado que había sido culpa suya que Jenna perdiera su trabajo en Leisure Pointe, lo menos que podía hacer era ofrecerle el trabajo de Lisa por las mañanas y que cuidase de Chelsea por las tardes, hasta que su hermana pudiera volver al trabajo. Era una buena solución siempre que no volviera a besarla.

—Vale. Vosotros ganáis. Me pasaré por la casa de Ella Vee en el camino de vuelta a casa y le ofreceré a Jenna el puesto de Lisa. Pero esto es solo un arreglo provisional, hasta que Jenna encuentre otra cosa o Lisa vuelva de su baja de maternidad.

—Perfecto —dijo su hermana, que parecía encantada con el arreglo.



—¡Papá, mira, ahí está Jenna! —dijo Chelsea saltando excitada en el asiento delantero del camión.

Garrett aparcó el vehículo y siguió la dirección que su hija señalaba con el dedo. Jenna estaba regando las plantas del jardín delantero. Llevaba una ropa cómoda que seguramente habría comprado en la tienda de segunda mano. Una camiseta rosa y unos vaqueros cortos que mostraban sus piernas largas y esbeltas. Estaba descalza e... increíble, con un aspecto fresco y atractivo de chica normal.

Sacudió la cabeza para alejar sus pensamientos. Era de vital importancia que mantuviera sus sentimientos bajo llave, sobre todo porque iba a trabajar con ella todos los días, si aceptaba la oferta.

—¡Hola, Jenna! —saludó Chelsea, que fue corriendo hacia ella.

—Hola, Chelsea —Jenna posó la regadera y le dedicó a la niña una sonrisa luminosa que Garrett envidió—. Qué sorpresa más maravillosa —su alegría de ver a Chelsea era auténtica. Garrett avanzó lentamente y atento a la conversación. Se llevaban muy bien.

—Qué suerte tienes de vivir aquí con Ella Vee. Huele como si estuviera haciendo galletas de chocolate. Hace las mejores del mundo entero.

—Creo que sí. Tienes buen olfato.

—Voy a ver si me deja ayudarla.

Chelsea desapareció dentro de la casa y Jenna miró hacia él. Tenía las mejillas y la nariz un poco enrojecidas por el sol y en los ojos una mirada de cautela que eclipsó el brillo que había reservado para su hija.

—Hola, Garrett.

—Hola, Jenna.

—¿Vienes a visitar a Ella Vee? Está en la cocina.

—No he venido para eso. Sino para verte a ti.

—¿A mí? Después de la forma en que nos separamos el jueves por la noche no puedo imaginar de qué tienes que hablar conmigo.

—Yo... te debo mis disculpas por la parte que tuve en que perdieras tu trabajo. No debería haber intervenido y debí dejar que Harían solucionara el incidente.

—Acepto tus disculpas.

Se sintió aliviado. Jenna no era rencorosa. Tomaba la vida como venía. Él apreciaba aquella cualidad y más en aquel momento porque no había tenido que humillarse para pedir perdón.

—En cuanto a lo de haber perdido tu trabajo...

—No te preocupes —dijo ella antes de que pudiera terminar—. Fui a una entrevista en el banco el viernes por la tarde y Zach Morris manifestó interés en contratarme como secretaria personal. Espero que salga porque es el tipo de trabajo que estoy acostumbrada a hacer.

Garrett estuvo a punto de atragantarse. Zach era el vicepresidente de operaciones del banco y era un tipo agradable, pero también un conocido mujeriego. Era interesante que no hubiera necesitado nunca una secretaria personal hasta que apareció Jenna.

Más interesante aún era el hecho de Garrett odiara la idea de que ella pudiera trabajar en tal proximidad con aquel hombre.

—La verdad es que es esa la razón de que viniese hoy. Quería ofrecerte trabajo.

—¿Haciendo qué? —estaba asombrada.

—Necesito una secretaria temporal en la oficina mientras Lisa está de baja por maternidad, así como alguien que cuide de Chelsea por las tardes hasta que yo vuelva del trabajo.

Ella no saltó de gozo ante la oferta sino que la contempló con desconfianza.

—¿Por qué yo? Si lo haces porque te sientes responsable de lo que pasó con mi empleo en Leisure Pointe...

No acabó la frase, pero el significado estaba claro. Ella no quería ser una carga y él empezaba a darse cuenta de lo orgullosa que era. Una parte de él la respetaba por ser independiente. La verdad era que la razón de contratarla era solo en parte su sentimiento de culpa. La otra parte no se sentía con ánimos de interpretarla.

—Dijiste que habías sido secretaria en San Louis, así que sabes cómo llevar una oficina en cuanto aprendas nuestro sistema, ¿no?

—Sí, pero eso lo puede hacer cualquier secretaria temporal.

—Pero yo no le dejo mi hija a cualquiera.

—Garrett, yo no creo que sea una buena idea que trabajemos juntos —la duda que había en su voz le lanzó a medidas desesperadas.

—Te pagaré el doble de lo que te ofreció Zach —ella tomó aire, pero se recuperó pronto de la sorpresa.

—¿Por qué iba a dejar algo que podría ser permanente por un trabajo temporal?

—Porque yo te necesito más que Zach —no quería que hubiera sonado tan posesivo, pero parecía que no tenía mucho control de sus emociones en lo que tenía que ver con aquella mujer.

—Garrett, dudo que tú necesites a nadie.

Su afirmación estaba muy próxima a la verdad. Había estado siempre tan ocupado cuidando a los demás que nunca se había permitido necesitar a nadie.

—Chelsea te necesita. Y te adora. Yo iba a intentar combinar el trabajo con cuidarla en la oficina, pero Lisa tiene razón. Chelsea no debe estar allí y tú puedes darle la atención que necesita hasta que yo vuelva a casa por la tarde. Creo que ambos nos haríamos un favor y a los dos nos beneficiaría que aceptases mi oferta —dijo en un último intento de convencerla.

—¿Estás dispuesto a correr el riesgo de que la gente pueda hablar de nosotros?

Él se dio cuenta de que quería darle una oportunidad de encontrar un sitio en el que pudiera encajar y ganarse la respetabilidad de la que había hablado la primera noche. Se lo debía y necesitaba desesperadamente sentirse libre de su deuda personal con ella.

—Ya somos la comidilla de la ciudad, Jenna. No hay nada más que una oferta de trabajo entre tú y yo.

—Haces que parezca todo muy sencillo.

—No hay razón para que no lo sea, y también beneficioso para ambos. Tú necesitas un empleo y yo necesito una secretaria y una canguro para Chelsea.

—Muy bien —dijo con suavidad—. Acepto el empleo.

—Estupendo. Puedes empezar mañana por la mañana. Lisa estará allí para enseñarte las cosas básicas.

Y todo lo que él tenía que hacer era relacionarse con ella lo menos posible y evitar que se quedaran a solas. Desgraciadamente tenía la sensación de que eso era más fácil de decir que de hacer.

## Capítulo 6

**P**or primera vez desde el día de su boda, Jenna se sentía en su elemento. Trabajar para Garrett le daba un sentimiento de dignidad que hacía que contemplara su futuro con más optimismo que la semana anterior.

Era mejor ser sincera consigo misma y hacer lo que a ella le parecía justo que llevar una vida dictada por las normas y deseos que su madre le había inculcado desde que era pequeña.

Sacudió la cabeza por la súbita revelación mientras archivaba las facturas. «¿Qué me hizo pensar que podría ser una esposa de las que se quedan en casa y ser feliz?», murmuró para sí misma, incapaz de imaginarse pasando el día organizando fiestas y yendo a comer con las amigas.

—¿Decías algo?

Sobresaltada, Jenna miró hacia Garrett, que depositaba un montón de papeles en la bandeja de su escritorio. Él iba con vaqueros y un polo de manga corta y ella unos pantalones anchos y una blusa de seda de las que había empaquetado para su luna de miel. Lisa le había dicho que podía ir a trabajar con ropa informal, porque todos procuraban estar cómodos.

Tras haber pasado la mañana enseñando a Jenna, Lisa se había ido a casa hacía unas horas. Aunque Garrett había estado por allí todo el día, Jenna apenas lo había visto. Se había encerrado en su oficina y había reducido el contacto con ella al mínimo.

—Estaba pensando en voz alta que me resulta estimulante hacer algo que me requiera más esfuerzo mental que servir bebidas. Había echado de menos este tipo de trabajo más de lo que yo creía.

—Lisa me ha dicho que te estás poniendo al día con rapidez —dijo él mientras introducía una hoja en el fax y marcaba el número.

—Sirve de ayuda conocer los procedimientos de la oficina y que te guste lo que estás haciendo. Es un negocio interesante. ¿Por qué decidiste hacerte técnico en electricidad?

El gesto de él indicaba su resistencia a hablar de temas personales cuando era evidente que quería que la relación entre ellos fuera puramente laboral.

—No te pregunto por secretos de la profesión, Garrett. Solo quería saber cómo surgió la empresa Blackwell.

—Mi padre era electricista y trabajaba principalmente para los vecinos de Danby. En cuanto Rylan y yo tuvimos edad para aprender el oficio seguimos los pasos de mi padre.

—¿Y? —preguntó sabiendo que había algo más en aquella historia.

Él sonrió ante su insistencia, pero en vez de quitarse de encima su curiosidad se sentó en la mesa en la que estaba el fax y continuó.

—La empresa ha sido siempre familiar y, cuando mi padre murió, Rylan y yo heredamos el negocio. Seguimos haciendo trabajos variados mientras yo iba a la universidad y me sacaba el título de técnico electricista. Cuando yo me gradué, Ry y yo decidimos ampliar el negocio y especializarnos en grandes contratos de construcción. Como empezamos a hacer pujas para los grandes proyectos cerca de San Louis y hemos recibido algunos premios por esos trabajos, la compañía ha crecido más de lo que esperábamos.

En su voz había un orgullo inconfundible. Era el tipo de hombre que trabajaba duro y no daba nada por supuesto.

—¿Y cómo es que te pasas el día en la oficina en lugar de ir a supervisar las obras?

—Rylan prefiere el trabajo de campo y la supervisión directa, y yo me quedo en la oficina para hacer los presupuestos, pujas y contratos para poder estar cerca de casa por Chelsea.

—¿Dónde está tu madre?

—Se fue a Iowa hace cuatro años a vivir con su hermana. La vemos una o dos veces al año y yo le mando a Chelsea de visita.

—Tu hija tiene suerte de tener tanta gente que la quiera, especialmente después de haber perdido a su madre siendo tan pequeña.

Él la miró durante un buen rato, había algo fieramente protector en su mirada.

—La muerte de Ángela no la afectó mucho si tenemos en cuenta que no estuvo por aquí tiempo bastante como para crear un vínculo maternal con ella. La única prioridad de Ángela era satisfacer sus propios deseos

egoístas y no pensó mucho si sus acciones podían afectar a su hija o ni siquiera al hombre con el que se había casado.

El tono helado de su voz, el resentimiento que había en su expresión, hizo que Jenna sintiera un escalofrío. A juzgar por lo egoísta que había sido Ángela no le extrañaba que Garren no confiara en las mujeres. Se dio cuenta de que había capas más profundas y no podía evitar preguntarse qué había pasado entre ellos, pero no quería destapar aquellos sentimientos. Él miró su reloj y cambió de tema.

—Son casi las dos, ¿por qué no lo dejas ya y vas a buscar a Chelsea a su curso de verano? —Sacó unas llaves—. Estas son las llaves de una de las furgonetas de la empresa hasta que puedas comprarte un coche.

—Gracias. Te veré en la casa dentro de un rato, ¿no?

—Me quedaré trabajando hasta tarde en un presupuesto para mañana. Rylan llegará probablemente antes que yo y él cuidará de Chelsea hasta que yo llegue.

Ella se dio cuenta de que era una excusa, pero como sabía cuáles eran sus razones no insistió.

Había conseguido no encontrarse con Jenna el día anterior, pero aquel día no iba a ser tan afortunado. Rylan se había dado cuenta de que intentaba evitar a Jenna y lo informó de que no pensaba ser su chivo expiatorio todas las noches de la semana.

Apretando los dientes, Garrett subió las escaleras del porche. Bastante malo era pasarse el día con Jenna en la oficina, siendo consciente de cada movimiento que hacía y del aroma ligero a flores que dejaba a su paso. Entraba con frecuencia en su despacho para hacerle preguntas y entablaba con él una conversación ligera siempre que era posible. Era rápida y eficaz con el trabajo y lo distraía tanto como él había temido.

Entró en la casa y aspiró el aroma de algún guiso con especias. El olor le hizo la boca agua y recordó que se había saltado el almuerzo. Recordó también que la noche anterior, cuando llegó a casa, encontró un estofado de patatas y carne que había preparado Jenna y que había dejado para la cena de la familia. El guiso sencillo había sido un placer comparándolo con las cenas rápidas que solía preparar él por las noches.

Siguió aquel aroma hasta la cocina, y se detuvo al encontrar a Jenna de pie ante la cocina removiendo una sustancia espesa y aromática que bullía en la cazuela. La segunda cosa que notó fue que ella se había

cambiado de ropa y llevaba un bañador de una pieza y un pareo corto que dejaba ver sus piernas largas hasta los pies descalzos. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa pálido.

Estaba de espaldas a él y cantaba al ritmo de una canción que estaba sonando en la radio. Era evidente que no lo había oído llegar. Sin poder contenerse contempló cómo se cimbrea sin inhibiciones siguiendo la música. Era absolutamente sensual, completamente femenina y removía todo lo que había en él, desde sus emociones a su libido.

Él carraspeó y ella se dio la vuelta, sobresaltada. Enrojeció al darse cuenta de lo que estaba haciendo y de que él la habría visto.

—Garrett, no te esperaba tan pronto.

—Es mi hora normal —dijo él apagando la radio.

—O sea que Rylan tenía hoy una cita ardiente y no te podía cubrir las espaldas.

¿Tan transparente era? Eso parecía.

—Algo así —murmuró. Cambió de tema para no hablar de él—. Eres una buena cocinera.

—Parece que te sorprende —dijo ella riendo.

—Me sorprende agradablemente —admitió acercándose a la cocina para ver qué estaba haciendo—. El estofado que dejaste anoche era estupendo y sea lo que sea lo que estás haciendo huele delicioso.

—Salsa para los espaguetis y albóndigas.

Había muerto y estaba en el cielo, pensó aspirando el aroma. Después volvió a caer a tierra al pensar que Jenna tenía la idea errónea de que él esperaba que ella cocinase.

—Jenna, no tienes que hacer esto. Preparar la comida no era parte del acuerdo.

—La verdad es que no me importa —su tono era tan sincero como su mirada. Metió la cuchara de madera en la espesa salsa y se la acercó a los labios—. Pruébala y dime qué te parece.

Su dulce sonrisa era el único estímulo que necesitaba para hacerlo. Probó un poco y gimió de gusto. Podía acostumbrarse a aquello, pensó. Con demasiada facilidad, teniendo en cuenta que la situación era muy provisional.

—Increíble.

—Me lo tomaré como un cumplido. Me encanta cocinar. Nunca había tenido muchas razones para ser creativa en la cocina, porque durante muchos años he cocinado solo para mí.

—¿Nunca cocinaste para tu prometido?

—Casi siempre comíamos fuera, era una de las ventajas de ser socio de pleno derecho del club de campo. Sheldon era cirujano y le gustaba ser el centro de atención y relacionarse con sus colegas. Cenar allí servía a esos propósitos.

—¿Y a qué tipo de propósitos servías tú, Jenna?

—¿Cómo?

—Tengo la sensación de que tú hubieras preferido cenas íntimas para dos en casa, en vez de ser el centro de atención, por eso me pregunto por qué dos personas tan opuestas como tú y Sheldon queríais casaros.

—No éramos exactamente opuestos —dijo con tono defensivo—. Pero ambos sabíamos qué podíamos esperar del otro y de nuestra relación.

Él se preguntó qué tipo de acuerdo tendrían, dado que era evidente que su novio cirujano no la apreciaba lo bastante como para haber ido a buscarla y Garrett de pronto quiso saber por qué. Peleó consigo mismo porque sabía que se estaba saliendo de las fronteras que él mismo se había trazado, pero al final ganó su curiosidad.

—¿Qué pasó para que acabases tu relación con Sheldon en el altar?

Jenna desvió la mirada, pero a él le dio tiempo a ver el pánico que había en ella.

—Ya te dije antes que yo no soy el tipo de mujer que Sheldon necesita en su vida.

—¿Y qué tipo de mujer es esa?

—Alguien mucho más respetable de lo que yo seré jamás.

Respetable. Otra vez aquella palabra. Sin duda, la respuesta de ella era la versión abreviada de algo que le había causado muchos problemas. Una novia no decide en el último momento que no es lo bastante respetable. Algo había sucedido, algo lo bastante profundo como para hacerla creer que no era lo bastante buena para Sheldon y que la hizo salir corriendo hasta una pequeña ciudad donde pudiera empezar de nuevo.

Su angustia era tan palpable que Garrett sintió compasión. Por más que deseara descubrir el secreto que ella parecía estar ocultando, no se



sentía capaz de mostrar esa falta de sensibilidad. Como él sabía muy bien por sus asuntos con Ángela, algunas cosas era mejor que siguieran siendo privadas. Así que cambió de tema.

—¿Dónde está Chelsea?

—Arriba, poniéndose el bañador —dijo ella aliviada—. Quería jugar un rato en la piscina antes de que refresque.

—¡Papá, estás en casa! —Chelsea entró corriendo en la cocina y se lanzó a sus brazos—. ¿Te vas a bañar con nosotras? —él no tenía planeado pasar ningún tiempo extra con Jenna. De hecho ya había pasado demasiado tiempo con ella y había descubierto más cosas de las que quería. Lo mejor era poner una excusa—. Por favor. Podemos jugar a algo porque somos tres.

—Dame cinco minutos para cambiarme y enseguida vengo —de pronto le pareció difícil decirle que no a la niña cuando solía tener tan poco tiempo para jugar con ella.

—El último en llegar a la piscina pierde —dijo Chelsea.

La última en llegar fue Jenna, que se había entretenido deliberadamente en la cocina. Estuvo fregando los cacharros y pensando en las preguntas que le había hecho Garrett. Una parte de ella quería contarle las razones por las que había terminado su relación con Sheldon al pie del altar, pero el miedo y la inseguridad le hacían un nudo en el estómago e impedían que compartiese con nadie su secreto.

Por fin estaba empezando a sentir que pertenecía a algún sitio y el riesgo de perder aquella pequeña estabilidad era demasiado alto para confiar la verdad a nadie, y menos a Garrett, que ya estaba resentido con su mujer.

Sonriendo contempló cómo se lanzaban una pelota de colores mientras se dirigía a la mesa donde Chelsea había dejado las toallas.

—¿Qué tal está el agua? —preguntó mientras se desataba el pareo.

—Al principio fría, pero una vez dentro está bien —dijo Garrett mirándola mientras la falda caía al suelo. A pesar de la distancia, ella sintió el calor de sus ojos sobre ella. Sintió el deseo de cubrirse, pero alzando la barbilla recordó que la habían visto cientos, si no miles de hombres con mucha menos ropa.

Claro que aquello no modificaba el hecho de que la opinión de Garrett le importaba. Y no quería ser para él otra cosa que una mujer femenina y respetable. No quiso analizar por qué era tan importante lo que él pensara de ella y se acercó al borde del agua para introducir un poco el pie.

—No sé, el agua está muy fría.

—Es mejor que saltes —dijo Chelsea salpicándola—. Así no piensas en lo fría que está.

—Es la elección menos dolorosa —dijo Garret.

—¿Qué otra opción tengo?

—Que yo te persiga y te tire al agua —dijo él con expresión traviesa, muy distinta del gesto reservado que solía tener. Se dirigió hacia las escaleras para ir a buscarla.

Ante el temor de que él la tomase en brazos, ella saltó de cabeza. Cuando volvió a salir a la superficie oyó las risas de ambos.

—No sé qué es lo que os parece tan gracioso. Me toca a mí perseguiros, así que es mejor que busquéis un sitio para esconderos.

Cerró los ojos, como mandaba el juego, y gritó «¡Marco!», a lo que ellos respondieron «¡Polo!» como única indicación de dónde estaban. Jenna evitó deliberadamente la voz profunda de Garrett y se concentró en Chelsea buscando a ciegas hasta que la encontró. Luego le tocó el turno a Chelsea y, como los dos nadaban más rápidamente que ella, Garrett se dejó alcanzar antes de que la niña se cansara de la búsqueda. Le hizo cosquillas y la niña chilló para que la soltara.

—¡Ahora tienes que perseguir a Jenna, papá!

—Yo soy demasiado rápida y lista para tu padre —bromeó Jenna, pero pronto se dio cuenta de su error al ver la mirada de reto en los ojos de Garrett.

—Eso lo veremos.

Se sumergió bajo el agua para darles tiempo de cambiar de posición y, aunque Jenna hizo todo lo que pudo por evitarlo, solo le llevó dos minutos encontrarla y atraparla. Avanzaba hacia ella con los ojos cerrados y la cabeza inclinada para oír los ruidos que hacía. Cuando estaba a solo un metro volvió a gritar Marco y ella en vez de contestar decidió intentar esquivarlo buceando hacia la parte profunda. Antes de que pudiera llegar a su destino, un brazo fuerte rodeó su cintura y la atrajo hacia él. Sus piernas

desnudas se enlazaron y el roce de sus pieles hizo que sus pezones se irguieran instantáneamente.

Sintió pánico, pero no porque él la hubiese atrapado sino por la ola de deseo que la invadió. Intentó apartar la mano que él había puesto sobre su estómago, pero él la mantuvo sujeta. Salieron a la superficie y la llevó hasta el borde de la piscina, apretándola contra él. No había nada respetable en el sentimiento de hambre y necesidad que la invadió, algo que solo podía conducirla a sufrir con un hombre tan lejano como Garrett Blackwell.

—Demasiado rápida y lista para mí, ¿eh? —le dijo al oído—. Parece que yo he sido más listo.

—¡Y casi me ahogas en la caza! —dijo, intentando ocultar su confusión con una actitud indignada.

Estaba jugando con fuego. Ella no estaba preparada para manejar aquel tipo de atracción, y en aquel momento no entraba en sus planes enamorarse de un hombre que la veía como una responsabilidad más que como ninguna otra cosa.

Peleó para que la soltara y nadó hacia el otro extremo de la piscina. Luego salió por las escaleras.

—¿Dónde vas, Jenna? —gritó Chelsea decepcionada por su súbita marcha.

—Tengo que irme, cariño, te veré mañana —sonrió a Chelsea mientras se envolvía en una toalla y se forzó para mirar a Garrett que estaba lejano e inescrutable—. Lo único que hay que hacer es añadir espaguetis a la salsa y a las albóndigas que hice y tendrás hecha la cena.

Fue hacia la casa, se puso ropa seca y se fue. Se daba cuenta de que estaba huyendo otra vez. Que huía asustada de los sentimientos que le provocaba Garrett.

## Capítulo 7

**J**enna levantó la vista de los albaranes que estaba introduciendo en el ordenador cuando Lisa abrió la puerta y entró con una cesta de mimbre colgada del brazo.

—Creía que estabas en casa descansando.

—Si hiciera caso a mi hermano estaría en el sofá o en la cama hasta que nacieran estos dos. Garrett se preocupa mucho, más que mi marido.

—No se le puede echar la culpa, parece como si fueras a tener los niños de un momento a otro.

—Eso espero, porque se están quedando sin sitio para hacer acrobacias —Lisa dejó la cesta en el suelo y miró hacia la puerta del despacho de Garrett—. No he visto el camión de mi hermano a la puerta, ¿no está?

—No, está en una puja y no volverá hasta la tarde.

—Bien. Así podré relajarme y disfrutar sin que me dé la lata.

—¿Qué te trae por la oficina?

—Me sentía encerrada e inquieta. He limpiado la casa, el cuarto de los niños está listo y estoy harta de leer. Así que hice unos cuantos bocadillos y decidí comer hoy fuera. Contigo.

—¿Me has hecho el almuerzo? Muchas gracias —dijo Jenna sorprendida mirando la cesta.

—O hacía eso o me volvía loca sola en casa. ¿Qué prefieres, jamón o pavo?

—Tomaré jamón —dijo Jenna apartando cosas de la mesa para que Lisa tuviera sitio para poner el almuerzo. No solo había preparado bocadillos sino también una ensalada de frutas, refrescos y unos pasteles caseros de postre.

—¿Qué tal te trata el jefe?

—Muy bien. Ha tenido mucha paciencia con los errores que he cometido.

—Solo llevas aquí una semana, te harás con la rutina rápidamente. ¿Qué tal las tardes con Chelsea?

—Muy bien —la niña era precoz y alegre y se había hecho rápidamente un lugar en el corazón de Jenna—. Para ser sincera, el rato que paso con ella es el mejor del día.

El segundo mejor rato era cuando Garrett llegaba a casa después del trabajo, aunque ella había tenido cuidado de evitar escenas de piscina con él. En el trabajo él era absolutamente profesional, pero habían conseguido un ambiente amistoso y confortable en la casa. A pesar de que Jenna no había tenido nunca intención de quedarse después de la llegada de Garrett, Rylan y Chelsea habían insistido en que se quedara a compartir con ellos la cena que había hecho. Ya se había convertido en una costumbre el que se quedara a cenar.

A ella no le importaba. Formar parte de la familia Blackwell llenaba ese vacío que había arrastrado durante tanto tiempo. Toda la familia la había aceptado incondicionalmente y la hacía sentir como si perteneciese a ella.

Pero por las noches, a solas en la cama, recordaba las razones por las que tenía que proteger su corazón de los sentimientos que se tejían en su interior. Tenía un miedo constante de que su pasado volviera a alcanzarla y que destruyera cualquier felicidad que fuera capaz de conseguir.

Lo más difícil de su trabajo era luchar contra la atracción que sentía por su jefe. Cualquier roce accidental hacía que su corazón se acelerase. Cualquier mirada cálida tenía la capacidad de hacerle temblar las rodillas y desear otro beso sensual como el que había compartido con Garrett.

Pero él se comportaba como un caballero y ella se aferraba a la convicción de que ella no era buena para él porque no podría ser lo que él y Chelsea necesitaban de forma permanente. A pesar de sus deseos, Jenna aceptaba que aquello era solo un acuerdo temporal.

Cuando acabó el bocadillo, Jenna decidió que era ya hora de volver al trabajo.

—Ya que estás aquí podías decirme cómo introducir en el ordenador los informes trimestrales para hacienda.

—Ah, algo para estimular el cerebro. Me encantará.

Retiraron los restos del almuerzo y Lisa se sentó al lado de Jenna mientras esta le explicaba.

Una hora más tarde Garrett entró en la oficina y frunció inmediatamente el ceño al ver a su hermana sentada frente al teclado del ordenador.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lisa?

—Estaba almorzando con Jenna.

—A mí me parece que estás trabajando.

—Dado que ha vuelto el inquisidor, me marchó —sonrió a Jenna—. Estar fuera de casa fue divertido mientras duró —Jenna le alargó la cesta.

—Gracias por el almuerzo y por tu ayuda.

—Siempre que... —Lisa tomó aire con los ojos abiertos por la sorpresa y luego se llevó la mano al vientre—. Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntaron Jenna y Garrett al mismo tiempo.

Lisa miró hacia abajo y ellos siguieron su mirada; encontraron un charco de líquido en el suelo. Lisa volvió a levantar la mirada riendo nerviosa.

—Creo que acabo de romper aguas.

Sentada en la sala de espera del hospital, Jenna tomaba café mientras miraba a Garrett, que caminaba arriba y abajo delante de donde estaba sentada ella con la cabeza de Chelsea sobre el regazo.

Garrett había insistido en llevar a su hermana al hospital a toda prisa, prometiendo que avisaría a su marido para que Duane pudiera encontrarlos cuando llegase. Jenna cerró la oficina, recogió a Chelsea de su curso y se encontró con Garrett en el hospital. Y allí llevaban seis horas esperando. Habían cenado en la cafetería y Duane los había informado de los progresos. Chelsea se había aburrido de la espera y, cuando apoyó la mejilla en el muslo de Jenna, ella supo que antes o después se quedaría dormida. Tardó menos de cinco minutos.

El padre de Chelsea, sin embargo, era un manojo de nervios. No podía sentarse tranquilamente, al cabo de un rato volvía a levantarse y seguía caminando. Llegó al otro extremo de la sala y se dirigió hacia ella.

—Si Lisa se hubiera quedado en casa descansando, que es lo que tenía que hacer, esto no hubiera sucedido.

Llevaba diciendo lo mismo desde que ella había llegado al hospital.

—Lisa se hubiera puesto de parto en casa, Garrett —intentó razonar con él por enésima vez—. Esos mellizos están listos para nacer.

—Pero no le tocaba hasta dentro de tres semanas.

—Por lo que he oído los mellizos se suelen adelantar. Y por lo que yo sé los bebés son bastante impredecibles en cuanto a cumplir con la fecha prevista.

Como había acabado su café le alargó a Garrett el vaso vacío. Él lo tiró en una papelería cercana y luego siguió caminando arriba y abajo por la sala de espera. Miró al reloj y frunció el ceño.

—¿Por qué tardan tanto?

—Los niños llegan en su momento, cuando ya están listos —Jenna acarició el pelo de Chelsea—. Estoy segura de que tú sabías esto de cuando nació Chelsea.

Garrett se sentó en una silla enfrente del sofá en el que estaba Jenna intentando relajarse. La tensión de su cuerpo se alivió pero su mente voló hacia el pasado, hacia el día en que había nacido Chelsea. Sí, aquel día había aprendido mucho sobre bebés, más de lo que creía posible. Había descubierto hasta qué punto lo había engañado Ángela.

Se le encogió el estómago al recordar todas las emociones que había sentido aquel malhadado día que había cambiado toda su vida... la alegría de que Chelsea hubiera nacido fuerte y completamente desarrollada. La rabia de que una mujer a la que había jurado devoción eterna y en la que había confiado le hubiera podido traicionar de aquella manera. Y resignación porque supo que nunca se quitaría de encima aquella responsabilidad que había llegado a ser suya, porque, a pesar de las circunstancias del nacimiento de Chelsea, ni una sola vez había lamentado que estuviera en su vida.

Miró hacia Jenna, que también le provocaba una gran variedad de sentimientos. Pero a diferencia de Ángela, Jenna era sincera y auténtica. Mostraba afecto por su hija y hacía la vida de él más alegre con su sola presencia, y le recordaba cuánto había deseado tener una esposa y una familia que fuera suya.

Resistirle a ella se le hacía cada vez más difícil.

Duane apareció de pronto haciendo que Garrett se levantara de su asiento de un salto y abandonara sus pensamientos. Vestido con bata de hospital y luciendo una amplia sonrisa, el marido de Lisa dio un grito e hizo el signo de la victoria.

—Tenemos un niño y una niña perfectamente sanos.

Garrett se sintió aliviado y sonrió a su vez. Apretó la mano de su cuñado.

—Felicidades a los cuatro.

Jenna despertó a Chelsea para darle la noticia de que tenía dos primos. Luego se levantó y abrazó a Duane.

—Me alegro por ti y por Lisa.

—¿Cuándo vamos a ver a los niños, tío Duane?

—Estarán limpios y en el nido dentro de media hora para que los veas. Cuando tía Lisa vaya a casa dentro de un par de días podrás tomarlos en brazos.

—¿Qué tal está Lisa? —preguntó Garrett.

—Muy bien, pero está agotada. Jacob y Janet van a ser muy traviesos, ya se les nota.

—Puedes despedirte de dormir toda la noche durante todo el año próximo —bromeó, luego se puso serio—. Vamos a ver a los niños en el nido y luego nos iremos. Saluda a Lisa, dile que intente dormir esta noche, que mañana vendremos a verla.

—Lo haré —asintió Duane y se volvió para estar con su mujer.

—¿Verdad que son los niños más monos que has visto nunca?

Al notar el anhelo en la voz de Jenna, Garrett la miró y se conmovió por su expresión dulce y su sonrisa. Luego volvió a prestar atención a los bebés.

—Sí, son muy guapos —dijo con voz ronca.

Chelsea, que estaba entre ambos, se puso de puntillas para ver mejor a sus primos. Frunció el ceño.

—¿Por qué tienen las caras rojas y arrugadas?

—Los recién nacidos tienen ese aspecto durante un par de días —dijo Jenna antes de que Garrett pudiera dar alguna explicación—. Estoy segura que cuando los veamos en casa de tu tía Lisa se les habrán quitado las arrugas.

Chelsea los miró durante un momento, luego levantó la cabeza hacia Jenna.

—¿Y tú cuándo vas a tener un niño?

A Jenna se le pusieron los ojos redondos y Garrett observó cómo se llevaba la mano distraída a su liso vientre, pero pronto se recuperó.



—Puede que algún día, cuando encuentre un príncipe encantador que me quiera.

Aquello no solo atrajo la imaginación de la niña sino que también Garrett recordó la noche en que había conocido a Jenna y lo que ella le había contado de sus deseos de encontrar un príncipe encantador y ser felices y comer perdices. Ella merecía esa clase de estabilidad y felicidad, cualquier mujer lo merecía, pero él no era el hombre que pudiera proporcionarla, no importaba lo mucho que Jenna lo atrajera. No podía ofrecer ese tipo de promesas a ninguna mujer después de lo que le había pasado con Ángela. De todas formas, ella estaba empezando a ser algo más que una responsabilidad muy atractiva que le había caído encima.

—Me gustaría tener por lo menos tres o cuatro niños algún día —le dijo a Chelsea con una sonrisa traviesa.

—¡Caramba! Tu tripa será el doble de grande que la de tía Lisa.

—Bueno, me gustaría tenerlos de uno en uno, no todos de una vez —rió Jenna.

La niña volvió a mirar a los bebés. Con la diversión aún brillando en sus ojos por el entusiasmo de Chelsea con los recién nacidos, la mirada de Jenna se cruzó con la de Garret.

Él le devolvió la sonrisa y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Así que quieres tener todos esos niños, ¿no?

Aunque era una pregunta hecha por curiosidad, no pudo evitar la imagen que se formó en su mente de hacer un bebé con Jenna, de ella suave y cálida debajo de él y de los suaves suspiros que ella daría cuando por fin se unieran...

—Sí, quiero todos esos niños. Crecí sin hermanos y siempre deseé tener alguno para poder jugar.

—O para discutir y pelear.

—También para eso. Siempre me sentí muy sola por ser hija única.

Él se preguntó si Chelsea se sentía así, sola, pero se dijo que su hija tenía ya dos primos que llenarían el hueco de los hermanos.

—¿Quería tener hijos Sheldon?

Jenna se encogió de hombros con un gesto que no encajaba con el tono de despreocupación con el que se esforzaba en hablar.

—Estoy segura de que hubiéramos tenido una familia.

—¿Por que eso era lo que se esperaba de ti y formaba parte del propósito para el que servías a Sheldon?

Ella lo miró fijamente durante un rato, en sus ojos había tristeza. Él pensó que ella se escaparía del tema que él había planteado, pero sorprendentemente no lo hizo.

—Los dos nos servíamos mutuamente para un propósito —admitió, y no parecía orgullosa de ello—. Garrett... Sheldon era mi esperanza de respetabilidad.

Lo dijo en voz muy baja, casi un susurro, pero no había forma de negar lo que él había oído. Se sintió confuso, a pesar de que sus palabras le encogieron el corazón.

—¿Qué es lo que te hace creer que no eres respetable? —preguntó en voz igualmente baja.

—Es mejor para ti que no lo sepas —dijo con una sonrisa temblona. Luego, como si le doliera demasiado, se volvió hacia los bebés, señalando al que tenía la manta azul que había conseguido sacar un brazo y lo acababa de mover—. Mira, Chelsea, me parece que Jacob te está saludando.

—¡Lo he visto! ¿Lo has visto papá?

—Sí, cachorrito, lo he visto —dijo con voz grave. A decir verdad, lo único que podía ver en aquel momento, sentir en aquel momento, era el dolor de Jenna.

Y aquello no era nada bueno. En absoluto.

## Capítulo 8

Siento llegar tan tarde. Jenna cerró la novela rosa que estaba leyendo y la dejó en la mesa que estaba junto al sofá cuando Garrett entró en el cuarto de estar. Eran las ocho y veinte de la noche, mucho más tarde de lo que ella solía quedarse, pero no le importaba. Prefería estar en casa de Garrett que secuestrada en su habitación solitaria en la casa de huéspedes.

—No hace falta que pidas disculpas —lo recibió con una cálida sonrisa—. ¿Ha ido todo bien en tu reunión de San Louis?

—Sí —se sentó en una silla, cerca de ella—. Me llevó más tiempo del que creía discutir las cifras del presupuesto pero conseguimos la obra.

Contenta por él, le puso la mano en el brazo, sin dar mucha importancia al gesto hasta que lo hubo hecho.

—Es una noticia estupenda.

Él respiró hondo, su mirada saltó de la mano de ella a sus ojos y una corriente sensual se estableció entre ellos. Jenna sentía bajo sus dedos la piel cálida de él, la contracción de los músculos que indicaba que la caricia la afectaba mucho más de lo normal para un roce tan leve.

En las últimas semanas habían estado evitando la proximidad e intentando mantener una relación profesional. Pero no había forma de negar la necesidad que sentía, un deseo que se iba haciendo cada vez más difícil de resistir.

Siguiendo la ruta segura de protegerse de esas emociones, apartó la mano y Garrett también hizo un esfuerzo para recobrar la compostura.

—Esto está muy silencioso, ¿dónde está Chelsea?

—Tu hija ha tenido un día agotador, la acosté a las ocho, después de su baño. Se quedó dormida en unos minutos.

—¿Y Rylan? —preguntó recostándose en la silla.

—¿Necesitas preguntarlo? Ha salido con Emma.

—Claro —sonrió divertido—. ¿Qué hicisteis Chelsea y tú esta tarde?

La conversación fue cómoda y predecible, todas las tardes seguían el mismo ritual, que les hacía sentir como si llevaran haciendo lo mismo durante años, en vez de unas semanas. Lo único era que al final de la tarde

cada uno se iba por su lado en vez de tomarse de la mano y subir juntos las escaleras hacia el dormitorio.

Pero por más que supiera que habría magia entre ellos también sabía lo complicado que sería hacer el amor con aquel hombre.

—Después de recoger a Chelsea fuimos a casa de Lisa a ver a los mellizos.

—¿Fue todo bien?

—Sí —ella puso las piernas en el sillón que estaba al lado y él las miró—. Chelsea tomó en brazos a Jacob y a Janet, lo que le hizo mucha ilusión.

—Parece que será de gran ayuda para Lisa cuando vuelva a cuidar a Chelsea.

El comentario de Garrett le recordó a Jenna lo provisional que era su presencia en la vida de él y cuánto estaba empezando a temer la idea de no volver a verlos todos los días cuando se hubiera acabado su trabajo.

—Sí que lo será —carraspeó para controlar la voz. Jugueteadando con el dobladillo del vestido, miró el álbum de fotos que estaba sobre la mesa—. Garrett... —se detuvo sin saber cómo sacar el tema que había estado en su mente desde que vio las fotos del álbum—. Después de ver a los mellizos, Chelsea quiso ver las fotos de cuando era pequeña.

—Muy bien —él se encogió de hombros, como si fuera un tema sin importancia—. Ya las ha visto antes.

—¿Y siempre hace preguntas sobre su madre?

—A veces —se enderezó en la silla sintiéndose incómodo de pronto—. Sabe que Ángela murió cuando ella iba a cumplir dos años y, como ya te he contado, no recuerda gran cosa de ella. Tampoco es que haya mucho que recordar.

—Me pareció que las fotos eran... interesantes —siguió Jenna, sin amilanarse por la amargura de su tono de voz.

—¿Interesantes por qué? —se puso rígido y a la defensiva.

—En todas las fotos en las que estáis tú, tu mujer, y Chelsea, Ángela parece estar en cualquier sitio menos allí.

—Eso es porque ella hubiera querido estar en cualquier sitio menos allí. Ángela no fue nunca una mujer maternal, y estar casada y vivir en esta

pequeña ciudad no era lo bastante emocionante para ella. No le importaba tampoco que se supiera lo mal que se sentía.

Entonces ¿por qué se habían casado? Jenna se tragó la pregunta y dijo:

—También me di cuenta de que Chelsea no se parecía mucho a Ángela y tampoco a ti, ¿de dónde ha sacado ese pelo rubio y esos ojos verdes, cuando Ángela y toda tu familia tiene pelo negro y ojos azules?

—Siempre he dado por supuesto que Chelsea debe parecerse a su padre —dijo él apretando la mandíbula y con un brillo cínico en los ojos.

—¿Cómo dices? —ella esperaba una explicación más lógica, algún pariente lejano o algo así.

Garrett dijo una palabra malsonante en voz baja y se levantó, yendo hacia la ventana. Jenna lo miró y percibió la tensión que había en el aire, la que suele preceder a una tormenta.

Respiró hondo y decidió lanzarse al ojo del huracán. El comentario de él no se podía pasar por alto.

—¿Garrett?—lo llamó en voz baja pero firme—. ¿Qué quiere decir eso de que dabas por supuesto que Chelsea debía parecerse a su padre?

Él se dio la vuelta bruscamente y resopló. Ella quería que le confiase cualquier carga que llevara encima, a pesar de ser consciente de que ella también guardaba un secreto.

Por fin él levantó la mirada. La rabia inicial había dado paso a una resignación que alteraba su expresión.

—Yo no soy el padre verdadero de Chelsea —sonrió con amargura—. Ella no tiene ni una gota de sangre Blackwell en sus venas —Jenna lo miró silenciosa y atónita—. Lo siento, no debí decir nada. Aparte de mi familia, nadie más sabe la verdad sobre Chelsea y preferiría que guardases el secreto.

—¿Por qué me lo has contado?

—No tengo ninguna razón en particular. Simplemente pensé que lo entenderías.

Lo entendía, mucho más de lo que él pudiera pensar.

—¿Me contarás lo que pasó?

Él se sentó a su lado en el sofá, rígido, con los brazos sobre los muslos. Ella quiso tocarlo pero no se atrevió. Esperó en silencio, tranquila,

a que tomase la decisión de si quería o no hablar del pasado. Después de una eternidad, él premió su paciencia.

—Conocí a Ángela de una forma muy parecida a como te conocí a ti.

—¿Salió corriendo el día de su boda y acabó en Leisure Pointe?

—No —dijo él riendo—. Te lo contaré de otra forma. Ella necesitaba ayuda y yo la rescaté, por así decirlo.

—Como me rescataste a mí —murmuró, sabiendo que aquel hombre nunca le daría la espalda a una mujer en apuros.

—Exactamente. El coche de Ángela se estropeó a la salida de Danby y yo volvía a casa desde San Louis, cuando me hizo señas de que parase. No podía dejar a una mujer sola en la carretera, así que paré con la idea de ayudarla en lo que pudiera y seguir mi camino. Ella también era de San Louis y era muy guapa y sofisticada, de una forma que me encandiló inmediatamente. Cuando decidió quedarse a dormir en Danby, mientras le arreglaban el coche, insistió en invitarme a cenar en agradecimiento por mi ayuda. Yo tenía veintiún años entonces y ella era coqueta, atractiva y muy difícil de resistir.

—¿Tuviste un asunto con ella?

—Sí —suspiró—. Cinco semanas más tarde me dijo que estaba embarazada y yo me casé con ella sin pensarlo dos veces. Me educaron para hacer lo que debía, para ser responsable de mis actos y yo no tenía ninguna duda de que quería que mi hijo tuviera padre y madre.

—Pero el niño no era tuyo —susurró ella.

—Me di cuenta porque pensé que Chelsea había nacido sietemesina. Cuando el médico me aseguró que era una niña sana y de un embarazo a término, por fin lo entendí todo. Obligué a Ángela a decir la verdad y ella reconoció que yo no era el padre de la niña. Se casó conmigo para no ser madre soltera y por seguridad. Lo malo es que nunca fue feliz por estar casada y odiaba vivir en Danby.

—Y Chelsea no sabe la verdad, ¿no?

—No necesita saberla. Ha sido mía desde el día que nació y yo la quiero. Quienquiera que fuese su padre nunca se preocupó por ellas, según Ángela, y por eso me engañó para que me casara con ella —se pasó la mano por el pelo—. Las cosas nunca volvieron a ser lo mismo entre Ángela y yo después de aquello, aunque tampoco es que nuestro matrimonio fuera gran cosa para empezar. Pero su engaño añadió una

tensión más a nuestras relaciones. Antes de que Chelsea hubiera cumplido los dos años, Ángela pidió el divorcio.

Jenna se quedó callada sabiendo que había más.

—Yo crecí en una familia muy unida, con el amor de mis dos padres y era reacio a concederle su deseo, pero lo hice porque los dos éramos muy desgraciados. Pero no estaba dispuesto a darle la plena custodia de Chelsea como quería, porque sabía que era solo un intento vengativo para hacerme daño. Chelsea es y siempre será mi hija, mi nombre está en su certificado de nacimiento y yo estaba decidido a luchar por ella. Y lo hice, aunque significó una batalla legal desagradable y amarga.

Jenna se mordió el labio inferior, incapaz de imaginar el sufrimiento que él había soportado, solo por su hija. Le dolía que Ángela lo hubiera tratado tan mal, siendo un hombre tan íntegro y honorable.

—Y entonces, cuando el tema de la custodia quedó arreglado, Ángela murió en un accidente de coche. Le fallaron los frenos y chocó contra un árbol, y debido a la enemistad que había entre los dos la policía me interrogó como sospechoso.

—Oh, Garrett —la incredulidad de su voz era evidente.

—Como te puedes imaginar, en la ciudad hubo un gran revuelo con aquel escándalo. Nadie creía de veras que yo pudiera hacer una cosa así, pero fue tema de cotilleo y yo fui el centro de todas las especulaciones, hasta que se limpió mi nombre.

De pronto, Jenna se dio cuenta de que le dolía respirar. Se encontró abrazada fuertemente a un cojín y se dio cuenta de que el peso que Ángela había arrojado sobre la familia Garrett se parecía demasiado al que ella podía arrojar si alguna vez se llegaba a conocer su pasado.

Mientras trataba de calmar sus propios temores no podía pasar por alto el dolor que había en los ojos de Garrett y no pudo contener el impulso de pasarle la mano por la mejilla en una suave caricia.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso —murmuró.

Él le sujetó la mano cuando ella iba a apartarla. No dijo nada, solo la miró durante un buen rato, acariciando su muñeca con el pulgar, derritiendo su determinación de mantenerlo a distancia.

Se aferró al cojín como si fuera un salvavidas.

La atmósfera se cargó con una sensualidad que le quitaba el aliento. Se dio cuenta demasiado tarde de que nunca debió atreverse a tocarlo,

sabiendo que un gesto tan simple tenía consecuencias tremendas con Garrett.

Aunque no había nada simple en aquel deseo que flotaba entre ambos, nada corriente en la necesidad que sentía de él.

—¿Garrett? —su voz temblaba.

—Quiero besarte —murmuró roncamente—. Quiero probar algo que sea bueno y puro... quiero algo que me haga olvidar.

Jenna tragó saliva, incapaz de negarse. Ella también quería olvidar, solo por un rato, que nunca podría ser el tipo de mujer que él necesitaba en su vida.

—No deberíamos.

—Los dos nos lo hemos estado negando demasiado tiempo —se volvió hacia ella, tomó su mano y se la llevó al pecho para que pudiera sentir los fuertes latidos de su corazón—. Me estaba volviendo loco intentando resistirme. Solo un beso...

Inclinó la cabeza y puso su boca sobre la de ella, suave, lenta, y persuasivamente. Su lengua acarició el labio inferior de Jenna y, con un gemido, ella se rindió. Él se deslizó dentro, y Jenna lo acogió, besándolo con el mismo entusiasmo.

Él le acarició el hombro, la espalda y la cadera. Al encontrar el cojín se lo quitó y lo tiró al suelo. Entonces ella le pasó los brazos alrededor del cuello. Poco a poco él la fue acercando, moviendo sus cuerpos hasta que la tuvo debajo de sí en el sofá.

Con la boca aún pegada a la de ella, se colocó encima y puso uno de sus muslos entre los de Jenna. Sus caderas se rozaban íntimamente y ella sintió su erección, algo que la excitó más aún.

Nunca antes había sentido aquel placer físico, aquella necesidad emocional por un hombre. Y quería que aquello siguiera y siguiera...

Tenía una mano en su cabello, mientras que con la otra le desabrochaba el vestido, hasta que la tela se separó y él cubrió con su palma uno de sus pechos. Ella gimió y él siguió besándole la mandíbula, la garganta, siguió por el pecho y luego siguió bajando... ella sintió pánico porque, a pesar de que deseaba locamente a Garrett, no estaba dispuesta a entregar su último reducto de respetabilidad. No sin amor.



Él pareció sentir sus dudas y detuvo su exploración. Con una delicadeza que se contradecía con la tensión sexual que recorría su cuerpo, volvió a colocarle bien el vestido.

—¿Demasiado y demasiado pronto?

Incapaz de hablar, ella asintió con la cabeza.

Él se sentó y la ayudó a sentarse. Estaba sonrojada y se alisó la falda con los dedos con mucha concentración. Él sujetó su mano y ella no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos.

—Jenna... estoy cansado de luchar contra lo que hay entre nosotros. Tú eres la primera mujer que he deseado de verdad en mucho tiempo, y estoy pensando... que quizá deberíamos tomarnos esto con calma y ver dónde nos lleva.

Su primer instinto fue decir que no, escuchar la voz que le decía dentro de su cabeza que ella no era la mujer adecuada para él. Que permitir que entrase más en su corazón era una completa estupidez.

Pero había un brillo de esperanza en la mirada de él, y su propio anhelo por lo que le ofrecía le dio el valor para decir la palabra que le permitiría creer durante un tiempo que aquel príncipe encantado era el suyo.

—Sí —susurró, esperando que sus anhelos egoístas no acabaran por hacer daño a las dos personas que tanto habían llegado a significar para ella.

## Capítulo 9

—¡Atrapé uno! ¡Atrapé uno! La voz alegre de Chelsea espantó a una bandada cercana de pájaros, que salieron volando en todas direcciones. La niña estaba de pie a la orilla del lago donde habían pasado la tarde del domingo, con una caña de pescar en la mano y una enorme sonrisa en la cara.

—¡Mira, papá, Jenna, es un pez muy grande y lo he atrapado yo sola!

La risa de Jenna, cálida y suave, envolvió a Garrett como la brisa de la tarde. Se estaba acostumbrando a aquel dulce sonido y a pasar tiempo con Jenna. Se levantó de la manta que compartían a la sombra de un árbol y se encaminó hacia su hija.

—Muy bien hecho, cachorrillo —el pez no medía más de doce centímetros, pero era el más grande que Chelsea había pescado nunca—. Debe haber sido por ese sabroso gusano que pusiste en el anzuelo.

—Creo que tienes razón, ¿podemos tomarlo para cenar?

—Parece ser de una sola ración. Podemos hacerlo para tu cena. Lo limpiaré en casa, ¿quieres intentar pescar otro?

—Mejor más tarde. ¿Puedo ir a hacer un ramo de flores de las que están en ese prado?

—Vale, siempre que no te alejes mucho.

—Quiero hacer una corona de margaritas para Jenna —le dijo en secreto y luego se fue dando saltos.

Cuando volvió a la manta junto a Jenna ella estaba tumbada boca arriba mirando al cielo. Él se tumbó boca abajo junto a ella y se apoyó en los antebrazos, a unos centímetros de distancia. Se puso a pensar que podía mirarla durante horas sin cansarse.

Un mes antes no se hubiera creído capaz de tener esos sentimientos hacia una mujer. Y menos hacia Jenna. Pero desde la noche en que habían hablado de Ángela se había formado entre ellos un vínculo que se hacía más fuerte cada día.

Sentía constantemente la necesidad de estar con ella, de ver su sonrisa y oír su voz en el trabajo y de verla en casa por las tardes.

Por la noche, después de cenar y de acostar a Chelsea, animaba a Jenna a que se quedase un poco más. Se sentaban juntos en el sofá comiendo palomitas y viendo la televisión o charlando de tonterías o de cosas personales. Su relación seguía siendo secreta, pero se había hecho más romántica tanto en el plano físico como en el emocional.

Siempre había besos y caricias cuando estaban solos, acompañados de gemidos y suspiros. Él nunca parecía tener bastante, pero mantenía su promesa y daba por terminadas las cosas antes de que escaparan a su control.

A veces empezaba a pensar que había encontrado a una mujer en la que podía confiar.

—Oye —dijo ella con voz ronca—. Hacía mucho rato que no fruncías el ceño. Hoy no se permiten pensamientos serios.

—Sí, señora. ¿Lo estás pasando bien?

—Ha sido muy divertido y relajante. Gracias por pedirme que viniera. Lo he pasado muy bien contigo y con Chelsea. Tiene mucha suerte de tener un padre como tú, ¿lo sabías?

—Yo creo que tengo la misma suerte de tenerla a ella —miró hacia el campo, donde Chelsea se había distraído de su propósito original y estaba persiguiendo una mariposa—. La vida sería muy vulgar sin ella.

—Me gustaría que mi padre hubiera sentido por mí la décima parte de lo que tú sientes por Chelsea —susurró.

Su melancolía era tan fuerte, sus sentimientos hacia un hombre que no había conocido tan intensos, que él sintió pena por ella.

—¿Cómo es que nunca conociste a tu padre? —ella miró al cielo, dándole la impresión de que intentaría evitar la respuesta si podía. Pero no iba a dejar que se librara tan fácilmente—. Cuéntamelo, cariño. No te preguntaría si no me interesara la respuesta. Quiero saber quién es Jenna Phillips, de dónde viene y dónde ha estado. ¿Es mucho preguntar?

Ella se mordió el labio inferior y él notó que había miedo en su mirada.

—No, no es mucho preguntar.

—Entonces, cuéntamelo.

—Es difícil decirte que no, ¿lo sabías?

—¿Estás diciendo que soy irresistible? —dijo levantando una ceja.

—Sí, más o menos —le apartó un mechón de pelo de la cara. Otra táctica dilatoria, pensó él. Después de un rato ella por fin habló—. Mi madre tenía diecisiete años cuando se quedó embarazada y el chico con el que salía dijo que él no era el padre, porque no quería la responsabilidad de tener un niño. La echó de su vida completamente y ese fue el fin de su relación con ella y conmigo. Por lo que me contó mi madre, los padres de ella no estaban tampoco muy contentos con la situación y no la apoyaron mucho en su decisión de tenerme. De hecho, la echaron de casa y se negaron a ayudarla.

Él la miró sorprendido, incapaz de entender que una familia pudiera abandonar a uno de los suyos.

—¿Qué hizo entonces?

—Bueno, me tuvo ella sola y le estoy muy agradecida por que se quedase conmigo en vez de entregarme en adopción. Pero la decisión le resultó muy cara emocionalmente y cambió la dirección de su vida y de su futuro.

—¿Por qué?

—La verdad es que nunca se recuperó del rechazo de mi padre. Cuando yo nací, ella vivía en Wisconsin y peleó mucho por sacarnos adelante a las dos. Y luego conoció a un hombre llamado Wade. Yo no me acuerdo casi de él, pero ella acabó por seguirlo hasta aquí, a Missouri. Poco después, él la dejó y volvimos a quedarnos solas. Desgraciadamente para mi madre, aquel ciclo con los hombres se repitió muchas veces a lo largo de los años.

—¿Volvió a casarse?

—No, pero no fue por falta de ganas. Sus relaciones nunca duraban mucho, y era siempre el tipo el que la dejaba a ella. Se pasó la vida buscando un hombre que le diera el tipo de seguridad y estabilidad que anhelaba.

—Y de respetabilidad —añadió él sin pensarlo, descubriendo de pronto de dónde venía la necesidad de Jenna.

—Sí, y quería lo mismo para mí. Pero tengo miedo de acabar como mi madre... sola.

Él sujetó su cara con ambas manos y la miró fijamente.

—Tú eres una de las mujeres más respetables que conozco, Jenna. A pesar de ser terca e independiente, eres atenta y generosa, y estoy empezando a pensar que Sheldon fue tonto al dejarte ir.

—Sheldon tenía sus razones para acabar con la relación.

Había mucho más. Podía ver el dolor en sus ojos y en su expresión, pero sospechaba que si insistía ella se apartaría. Fuera lo que fuese, quería que ella confiase en él y le contase la verdad. Por eso no dijo nada, le acarició el pelo y sonrió. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí. Incluyó lentamente la cabeza y la besó.

Aunque deseaba devorarla, le dejaba a ella marcar el ritmo y él lo seguía. Habían compartido ya muchos besos y estaban en sincronía; sabían qué era lo que excitaba al otro. Pero él mantenía su deseo controlado sabiendo que su hija estaba cerca.

Con un suspiro, ella terminó el beso y le puso la mano en el corazón para sentir sus latidos.

—Me podría acostumbrar a esto.

—Yo también.

—¡Jenna! ¡Tengo una cosa para ti!

Jenna se sobresaltó al oírla e intentó soltarse, pero él la mantuvo sujeta por la cintura. Ella lo miró con desesperación.

—No es momento de jugar. Chelsea nos va a ver.

—¿Y qué tiene de malo?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Lo miró, aparentemente incapaz de encontrar un argumento sólido. En sus ojos bailaba una pregunta «¿Qué había querido decir con eso?»

Él respiró hondo y depositó una fe completa en sus sentimientos hacia Jenna.

—No quiero que nos andemos escondiendo para estar juntos. Y no quiero ocultar el hecho de que nos vemos —no había otra mujer en su vida y estaba cansado de luchar contra sus sentimientos hacia ella; quería que todo el mundo supiera que aquello era así.

Ella se quedó atónita y se sentó, obligándolo a él a sentarse en el momento en que llegaba la niña, excitada y sin aliento.

—Adivina lo que he hecho para ti —le dijo a Jenna, manteniendo su sorpresa escondida en la espalda.

—A ver. ¿Una manta de margaritas?

—Muy cerca —le entregó el regalo con una reverencia—. Tachan. Una corona de flores. La hice especialmente para ti.

—Es preciosa, cariño —se sintió conmovida por el gesto de Chelsea—. ¿Quieres hacer los honores y ponérmela?

—Claro. Estás muy guapa, Jenna, pareces una princesa —se arrodilló frente a ellos y tomó la mano de Garrett para ponerla sobre la de Jenna—. Papá puede ser tu príncipe y viviremos felices y comeremos perdices.

—Sería muy bonito —Jenna consiguió sonreír, aunque era evidente para Garrett que no creía que aquel final feliz fuera posible.

Jenna bajó las escaleras de puntillas para no despertar a Ella Vee en su incursión de medianoche a la cocina. No podía dormir después de su conversación con Garrett y decidió que un postre era lo que necesitaba para tranquilizar su alma.

Se llenó un cuenco de helado de vainilla y lo cubrió con crema de chocolate. Se sentó a la mesa de la cocina, lo probó e intentó calmar las preocupaciones que la atormentaban.

Si Garrett quería hacer pública su relación ella tendría que tomar decisiones que había estado evitando desde que llegó a Danby. Decisiones difíciles que podían cambiar todo lo que había entre ellos, para mejor o para peor, dependiendo de su reacción cuando conociera su pasado.

El riesgo de decirle la verdad era alto y ella lo sabía. Estaba ocultando una parte de su pasado a Garrett y aunque su secreto no era tan terrible como el de su primera mujer, podía herir a su familia si la información aparecía de otra manera.

Y, además, estaba su propia reputación y la posibilidad de perder la respetabilidad que había ganado a causa de Garrett y la aceptación de la ciudad. Por fin sentía que pertenecía a un lugar, que era libre de ser quien era sin las pretensiones que su madre había intentado inculcarle o el tipo de apariencia refinada que Sheldon había necesitado para completar su imagen.

En Danby era solo Jenna Phillips y estaba orgullosa de serlo, y la idea de perder aquello le impedía respirar... así como el temor de que Garrett no se sintiera atraído por ella al conocer su secreto.

Pero tenía derecho a saberlo, a saber por qué había posado para un catálogo de lencería. Tenía derecho a decidir si quería a una mujer con un pasado tan poco respetable. Él había sido sincero con ella y merecía que ella hiciera lo mismo.

Porque estaba enamorada de Garrett y anhelaba ser querida y respetada por él. Y, si quería tener algún futuro con él, tenía que decirle la verdad y Garrett tenía que entender sus razones y no juzgarla por algo que ella había tenido que hacer.

Llevó el cuenco a la pila, lo lavó y respiró hondo. Solo quedaba encontrar el momento oportuno para desnudar su alma.

## Capítulo 10

Aquella era la noche, decidió Jenna mientras esperaba que llegase Garrett para su primera «cita» oficial. Había retrasado demasiado tiempo la inevitable conversación, mucho más de lo que se había propuesto inicialmente una vez que tomó la decisión de decirle la verdad acerca de su pasado. No había encontrado el momento oportuno para sacar el tema durante la semana y ahora estaba empezando a sentirse culpable y no quería que eso amenazara su relación con Garrett.

Aquella tenía que ser la noche, se prometió. Lisa había pedido que le dejasen a Chelsea para que pudiera pasar algún tiempo con sus primos y Garrett quería aprovechar para llevarla a cenar por ahí. Aunque no quería estropear la noche con una discusión acerca de su secreto, antes de que acabara tenían que hablar.

Entró en la sala y sonrió a Ella Vee, que estaba haciendo un bordado de punto de cruz.

—¡Qué guapa vas!

—Gracias.

Llevaba un vestido de seda de color melocotón, que se ajustaba a sus pechos y cintura y luego caía con un amplio vuelo sobre sus caderas. Se había dejado el pelo suelto porque a Garrett le gustaba más así. Quería estar guapa y femenina para él, para que se sintiera orgulloso de ella.

—¿Adonde vas a ir esta noche?

—Voy a cenar con Garrett. Estará aquí dentro de un momento.

—Ya iba siendo hora de que te llevase a la ciudad. Ha sido un poco lento, pero tengo la sensación de que viene con buenas intenciones.

—Eso espero —dijo en voz baja, dándose cuenta demasiado tarde de que había hablado en voz alta. Ella Vee dejó a un lado la labor y miró a Jenna inquisitivamente.

—Parece que la cosa va en serio, ¿no? —ella se sentó en el sofá y se encogió de hombros con indiferencia, pero no pudo evitar enrojecer un poco.

—Me gusta estar con él y con Chelsea —eso era todo lo que estaba dispuesta a admitir ante Ella Vee o cualquier otra persona, por el momento.



—Tienes el mismo brillo en los ojos que tenía yo cuando mi querido Byron empezó a cortejarme, hace muchos años. Ah, qué maravilla ser joven y estar enamorado.

Sorprendida por la observación de Ella Vee, Jenna apartó la mirada, pero no pudo evitar sentirse un poco nerviosa. Nunca la había cortejado ningún hombre, ni siquiera Sheldon. Él la quería por razones prácticas y aquello no incluía citas frívolas ni encuentros románticos.

Sonó el timbre de la puerta y a Jenna le dio un vuelco el corazón.

—Parece que ha llegado tu hombre.

Su hombre. Le gustaba cómo sonaba aquello. Fue a abrir la puerta y se quedó sorprendida. Siempre había pensado que Garrett era muy guapo, pero aquella noche parecía el príncipe de sus sueños. Los vaqueros y camisa de cuadros habían desaparecido y llevaba una camisa en tonos marrones y unos pantalones de color chocolate. Le tendió un ramo de rosas.

—Son para ti.

—Muchas gracias, Garrett, son preciosas —dijo con un nudo en la garganta.

—De nada —sonrió. Parecía un muchacho alegre y despreocupado.

—Pasa, las pondré en agua. No tardo ni un minuto.

Fue a la cocina y llenó un florero con agua. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no lo oyó entrar y se sobresaltó cuando él la abrazó por detrás y la atrajo hacia sí.

—Tienes un aspecto y un olor que dan ganas de comerte —le dijo al oído.

—Tú también hueles bien y tienes muy buen aspecto.

—Entonces hacemos buena pareja. Anda, que tenemos toda la noche por delante, ¿estás lista?

Ella asintió decidida a seguirle a donde fuera.

La mágica noche terminó demasiado pronto para el gusto de Jenna.

La invitó a cenar en el mejor restaurante de la ciudad, en una mesa apartada y con unas velas que creaban un ambiente muy íntimo. Aunque muchos los miraban con interés porque era su primera salida juntos, Garrett estaba abiertamente atento y afectuoso. La tocaba a menudo,

insistía en tomarla de la mano, y se negaba a ocultar el hecho de que eran una pareja.

Luego la llevó a ver una película romántica y después pasearon mirando los escaparates de las tiendas cerradas. Se paraba con frecuencia para besarla. Jenna no conseguía sacar valor para cambiar el tono romántico y juguetón de la noche y plantear un tema más serio.

Pero como le pasó a Cenicienta, el reloj dio las doce, señalándole que había retrasado demasiado lo inevitable. Garrett la llevó hacia el coche y pasó el brazo por sus hombros.

—¿Quieres que te lleve a tu casa o te gustaría ir un rato a la mía? Rylan no vendrá a casa esta noche.

Su insinuación era inconfundible. Estarían solos y eso era exactamente lo que ella necesitaba para contarle su secreto.

—Vamos a tu casa.

Pero cuando llegaron allí, fue evidente que la conversación sería no entraba en los planes de Garrett. La llevó a la sala y encendió pocas luces, para que quedase en penumbra. Ella sintió un escalofrío y él le frotó los brazos con sus manos para que entrase en calor.

—¿Quieres tomar una copa? ¿Vino, quizá?

—Una copa de vino estaría bien.

La dejó sola con sus pensamientos, pero volvió a los pocos minutos, sin darle tiempo para pensar la mejor forma de sacar el tema. Le dio una copa y se sentó a su lado, tan cerca que sus caderas se rozaban. Él pasó la mano por su cabello y le dio un suave tirón de uno de los rizos para llamar su atención.

—Por fin solos.

—¿Crees que Chelsea lo está pasando bien con los mellizos?

—Estoy seguro de que para ella ha sido una fiesta ayudar a Lisa. Estaba muy nerviosa por la idea —sonrió y le pasó los dedos por la línea de la mandíbula—. ¿Sabes? Quería darte las gracias también por todo lo que has hecho por Chelsea.

—No he hecho nada. Me gusta estar con ella —intentó no dejarse seducir por su caricia, tenía una misión que cumplir y no quería que la distrajeran.

—Chelsea te ha tomado cariño, cosa que no me sorprende, porque yo también lo he hecho —le quitó la copa de vino, que ella había vaciado sin darse cuenta y la dejó en la mesa baja que tenían enfrente. Luego le apartó el pelo del cuello y acarició con los labios el punto sensible que tenía debajo de la oreja—. He estado pensando que, cuando Lisa vuelva a trabajar, a lo mejor querrías seguir cuidando a Chelsea. Yo te pagaría lo mismo, por supuesto, pero no quiero que pienses que esa es la única razón por la que te hago la oferta.

Ella cerró los ojos porque los labios de él le encendían la piel y consiguió decir:

—¿Oh?

Él abrió la boca sobre la garganta de ella y resbaló una mano por su espalda, atrayéndola hacia sí.

—Me gusta que estés aquí cuando vengo a casa por la tarde —dijo con voz ronca. El corazón de Jenna latía con fuerza y el deseo amenazaba con ahogarla. Tenía que decirle la verdad, antes de que la arrastrase al fuego que estaba creando. Se estremeció. Él levantó la cabeza con expresión tierna y preocupada—. Estás temblando, Jenna. ¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—¿Te pongo yo nerviosa? —ella intentó controlar la emoción que se estaba acumulando en su garganta. Necesitaba tocarlo y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—No, tú no me pones nerviosa.

—Entonces, ¿cómo te hago sentir?

—Segura, deseable —también respetable, y tenía miedo de perder aquello. Él sonrió.

—Me encanta hacerte sentir así —se apoyó en el brazo del sofá y la atrajo hacia sí, ella se dejó llevar—. ¿Te das cuenta de que no hemos estado solos desde hace dos días? Creo que estoy empezando a tener síndrome de abstinencia.

La boca de él estaba tan cerca que casi podía saborear su beso. Jenna le pasó la lengua por el labio inferior.

—¿Estás insinuando que quieres recuperar el tiempo perdido? —él resbaló la mano por su nuca, acariciando los tensos músculos.

—Puede que sí —la tentación la llamaba, su cuerpo se iba ablandando, pero su mente la exhortaba a separarse de él. Intentó luchar contra la niebla de sensualidad que la invadía.

—Garrett...

—No hablemos más, Jenna —la cortó él con sus palabras y la lenta exploración de sus manos. Lentamente, subió el borde del vestido y acarició sus muslos—. Hemos charlado toda la noche. Ahora estamos solos tú y yo y tengo en mente otro tipo de comunicación.

Ella solo quería perderse en su mirada y que no volvieran a encontrarla. Había tantas cosas en aquel hombre que ella deseaba... tocarlo, sentir su cuerpo contra el de ella, latido contra latido. Pero lo que más deseaba de todo era que él la amase. Se dejaría llevar por la pasión un poco, solo de momento.

—Un beso —dijo acercando su boca y rindiéndose a él.

Pero Garrett era como una droga potente y adictiva y nada podía saciar su hambre de él. Un beso siguió a otro, hasta que el único pensamiento que había en su mente era ser una sola cosa con aquel hombre que la hacía sentir completa.

Antes de que pudiera cambiar de idea, de que su buen sentido se inmiscuyera en el momento sensual, le susurró.

—Garrett, hazme el amor.

—¿Estás segura?

Nunca había estado tan segura de algo en su vida y pensaba que el amor podía convertir las dudas en certezas. Aunque pudiera ser egoísta, quería pasar aquella noche con Garrett, que sus cuerpos y sus almas se entrelazaran de una forma que ella jamás había experimentado.

—Sí, estoy segura.

—¿No lo lamentarás por la mañana?

Ella sacudió la cabeza sabiendo que la única cosa que no podría lamentar nunca era haber hecho el amor con él. Sería un hermoso recuerdo que conservaría para siempre, no importaba lo que el mañana y la verdad pudieran traer consigo.

—No lo lamentaré.

Con aquella promesa solemne, él la condujo escaleras arriba hacia el dormitorio, donde se comunicarían con sus labios, sus manos, y sus cuerpos.

De pie ante la cama en la que había dormido sola unas semanas antes, mientras se desnudaban lentamente el uno al otro, Jenna se dio cuenta de que había completado un ciclo. Había pasado de ser una novia a la fuga que buscaba un lugar donde quedarse, a convertirse en una mujer que había encontrado eso y mucho más. Y aquella noche se negaba a que el pasado ensombreciera aquel momento de pura dicha.

Cada vez que Garrett le quitaba una prenda, acariciaba la piel que quedaba desnuda. Luego le ayudó ella a desprenderse de sus ropas y quedó sorprendida por la belleza de su cuerpo y la fuerza de su deseo hacia ella. No sentía temor ni vergüenza alguna de mostrarla.

Él apartó las sábanas, la tumbó sobre el colchón y, tras ponerse una protección, la cubrió con todo su cuerpo. Ella se preparó para su primera unión, pero parecía que Garrett no tenía prisa para completarla. Le acariciaba el cabello y la besaba, mientras con otra mano recorría su cuerpo con un deseo que la dejaba sin aliento. Sus besos eran profundos y, tras saciarse en su boca, comenzó a trazar un sendero hacia sus pechos. Ella tembló al sentir su aliento contra la piel.

Garrett levantó la cabeza al llegar al pecho y la miró.

—Jenna, eres absolutamente perfecta, increíblemente hermosa —susurró. Puso su mano posesivamente sobre su pecho y frotó el pezón con su pulgar.

—Gracias —dijo, casi sin aliento, ante el intenso deseo que la invadió con su caricia.

—¿No te lo había dicho antes ningún hombre?

Su tono incrédulo la hizo sonreír.

—No, tú eres el primero.

—Sorprendente —murmuró y bajó la cabeza para concentrar su atención en los pechos que acababa de alabar.

El calor de su boca y la suavidad de su lengua conspiraban para hacerla sentirse inquieta y deseando más. Gimiendo suavemente, pasó los dedos por su cabello. Nunca se había sentido tan adorada y era algo que no quería que acabase nunca.

Incapaz de contenerse, le acarició ella a su vez, pasando las manos por sus duros músculos, por los brazos y el pecho, hasta que él estuvo tan febril como Jenna.

Entonces, sus labios se apretaron contra los de ella y Jenna sintió la presión de él, que empujaba. Gimió ante la invasión y el dolor que experimentó, pero la molestia cedió pronto cuando él empezó a moverse y la llenó completamente, elevando el placer hasta que ambos fueron barridos por la tormenta. Como Jenna había deseado, se sintió conectada a él no solo con el cuerpo, sino también con la mente y el alma.

Las emociones la sobrepasaron y lágrimas de felicidad inundaron sus ojos. Garrett alzó la cabeza y frunció el ceño al ver la humedad que brillaba en sus ojos.

—Jenna, cariño ¿estás bien?

—Estoy muy bien. No sabía que hacer el amor pudiera ser algo así de perfecto.

Él tardó un buen rato en comprender.

—¿Eres virgen?

—Ya no —susurró ella.

Garrett no podía apartar los ojos de la mujer que estaba a su lado. A pesar de la belleza de su cuerpo, lo que más lo hechizaba eran sus ojos, que reflejaban una vulnerabilidad que lo hacía sentirse extremadamente protector.

Suponía que el haber sido su primer amante tenía algo que ver con aquellos sentimientos y aquella revelación lo desconcertaba, que aquella mujer tan sensual se hubiera reservado... para él. Aquello lo complacía, lo halagaba y hacía que su mente bullera de preguntas. Hizo la más importante.

—Jenna ¿por qué no me contaste que no habías estado nunca con otro hombre?

—Nunca surgió en la conversación —tenía un tono burlón, pero su respuesta no lo satisfizo.

—Estoy seguro de que puedes encontrar una excusa mejor, cariño. Tuviste muchas oportunidades de decir algo, como cuando subíamos por las escaleras.

—Garrett... yo no quería que eso fuera importante.

Pero el que fuera virgen importaba, por muchas razones diferentes. Él había tomado algo de ella que nunca podría devolver, a pesar del hecho de que se había entregado libremente a él.

—¿Y por qué no estuviste nunca con otro hombre? —pregunto, curioso por conocer las razones de que ella se resistiera a esa progresión natural en una relación seria—. Ni siquiera con Sheldon.

—No, ni siquiera con Sheldon. Después de todo lo que había pasado mi madre con los hombres, la mayoría de los cuales la utilizaban y se aprovechaban de ella, me sermoneó sobre la importancia de ser respetada y respetable cuando empecé a desarrollarme. No quería que nadie se aprovechara de mí y creía que ser respetada por un hombre era algo mucho más importante que el amor, porque las emociones hacían débil a la persona. Mi madre quiso de verdad a mi padre y él le rompió el corazón. Nunca volvió a ser la misma después de aquello y sintió que había perdido tanto el amor como la respetabilidad. Para mí fue la lección de toda una vida.

—Jenna, tengo que preguntarte... después de haberte dicho eso a ti misma durante tantos años ¿por qué yo?

—Porque tú eres un hombre honorable e íntegro y estar contigo me parecía que estaba bien, y... te quiero —por segunda vez aquella noche, Jenna lo sorprendía y lo dejaba sin palabras—. Garrett, no espero que digas nada a tu vez. Solo quería que supieras que no me tomaba a la ligera el hacer el amor contigo.

Él la creyó. Aunque Ángela lo había manipulado para sus fines egoístas, no se podía negar que Jenna no se parecía en nada a su primera mujer. Tenía un corazón puro y un espíritu generoso y eso era exactamente lo que lo atraía tanto de ella.

Bajó la cabeza y la besó, y ella le respondió con el mismo deseo. De forma exquisita. Una necesidad primitiva se apoderó de él y la atrajo a sus brazos para colocarla bajo su cuerpo, deseándola con una intensidad que le hacía estar impaciente y ávido.

Ella interrumpió el beso, parecía estar luchando para no verse arrastrada por la pasión. Lo miró a los ojos.

—Garrett... tenemos que hablar.

—Acabamos de hacerlo. Me has dicho todo lo que necesito saber por esta noche. Mañana tenemos todo el día para estar juntos y hablaremos de lo que quieras.

Sus manos la acariciaron apartando cualquier protesta que hubiera querido hacer, y su boca persuasiva fundió los restos de su resistencia, dejándola dócil y húmeda de deseo.

Y Garrett, mientras le hacía el amor, se dio cuenta de que él también se había enamorado de ella.



## *Capítulo 11*

**L**a mañana llegó demasiado deprisa para Jenna. Después de una noche maravillosa en brazos de Garrett, era difícil afrontar la realidad del día... y la conversación que había pospuesto demasiado. Su futuro, la seguridad de lo que había en su corazón, dependían de Garrett y de su reacción ante su secreto más profundo y mejor guardado.

Con un suspiro, tocó la almohada vacía donde Garrett había dormido. Eran las nueve de la mañana y ella estaba sola en aquella gran cama, pero podía oírlo en la cocina y oler el desayuno. Su estómago rugió, exhortándola a que fuera con él.

Pero primero se duchó, y se puso de nuevo el vestido que había llevado el día anterior. Se miró en el espejo y notó algo sutilmente distinto en su aspecto y se dio cuenta de que brillaba, no solo por haber hecho el amor, sino por el amor en sí.

Se había arriesgado la noche anterior al decirle a Garrett que lo quería, pero él no había rechazado su amor, y con sus actos le había dado razones para creer que sus emociones eran semejantes a las de ella. Había sentido su ternura en los besos, en su tacto, y había visto la calidez en su mirada cuando la había hecho suya.

Había encontrado el amor y la pasión en un hombre. Ahora necesitaba su respeto.

Fue a la cocina y encontró a Garrett haciendo huevos revueltos. Él también se había duchado. El pelo húmedo le había mojado el cuello de la camisa y sus vaqueros estrechos marcaban sus caderas y largas piernas. Era un hombre muy guapo.

—Buenos días —dijo acercándose a él. Le acarició la espalda, deseando sentir la misma conexión de la noche pasada. Necesitaba saber que nada había cambiado con la luz del día. Él sonrió.

—Hola, me preguntaba cuándo te levantarías —le dio un beso rápido, pero lleno de significado.

—Normalmente no duermo hasta tan tarde —tomó una loncha de beicon crujiente y la mordisqueó—. Hay alguien a quien puedo echar la culpa por no haber pegado ojo en toda la noche.

Garrett puso los huevos en dos platos y apagó la cocina.

—Si quieres que te pida perdón, no lo esperes, porque no te oí quejarte porque te mantuviera despierta. Ni una sola vez.

—Eso es verdad —dijo sonrojándose levemente.

—¿Tienes hambre? —él se rió con una risa ronca y muy íntima.

—La verdad es que me muero de hambre.

Lo ayudó a poner la mesa y se sentaron ante el beicon, los huevos y el zumo de naranja. La comida estaba deliciosa y la conversación fue ligera, estableciendo un estado de ánimo que Jenna pensó en utilizar cuando acabasen de desayunar.

Fregaron juntos los platos y, cuando Jenna se estaba secando las manos, él se puso detrás de ella, enlazó los brazos en torno a su cintura y enterró la cara en su pelo. Ella cerró los ojos y se apoyó en él.

—¿Qué te parecería que fuéramos arriba otra vez para aprovecharnos de que estaremos solos un ratito más?

La idea le pareció maravillosa y tentadora, y le daba rabia romper aquella proximidad, no era fácil rechazarlo.

—Tu hermana traerá a Chelsea enseguida y no hay forma de saber cuándo volverá Rylan.

—Tienes razón —se le escapó un suspiro de decepción—. Pero no puedes culparme por intentarlo.

Ella se soltó de sus brazos.

—Garrett, hay una cosa que tengo que decirte.

—Parece serio —dijo, preocupado.

—Podría serlo —cruzó los brazos sobre el pecho. Los nervios de la noche anterior habían vuelto—. Es acerca de lo que pasó el día de mi boda y de la razón por la que no pude casarme con Sheldon.

—He estado esperando que lo hicieras.

—¿Sí? —preguntó sorprendida.

—Sospechaba que había algo más que un asunto de compatibilidades entre Sheldon y tú.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Aquella primera noche en el bar, tú parecías estar tan sola y perdida. Y mencionaste que habías humillado a Sheldon y su familia, aunque no te puedo imaginar haciendo algo tan terrible.

El sonido de un coche aparcando a la puerta distrajo su atención. Garrett miró por la ventana y suspiró.

—Parece que vuelve Chelsea.

—Garrett, tenemos que hablar —no podía soportar otra demora, la invadía un sentimiento de urgencia y desesperación.

—Y lo haremos. Más tarde —se acercó a ella y le dio un abrazo y un beso en la mejilla—. Te lo prometo.

Ella se aferró a esas palabras y, un minuto más tarde, aparecieron Lisa y Chelsea por la puerta delantera, las seguía Duane con dos cestas porta bebés.

—Jenna, papá, ¿a que no adivináis qué ha pasado? La tía Lisa me ha dejado tener en brazos a Jacob y Janet, y también darles de comer y ponerles polvos de talco cuando les cambió los pañales.

—Parece divertido —rió Jenna. Miró a uno de los mellizos, Janet, a juzgar por la ropa rosa que llevaba—. Son absolutamente preciosos.

—Cuando están dormidos —dijo Lisa con sarcasmo. Las señales de cansancio de su cara eran inconfundibles—. Espero que pronto tengan un horario razonable —Lisa sacó a Janet de su cesta y se la pasó a Jenna, luego tomó a Jacob—. Ya van durmiendo ratos más largos, pero me muero de ganas de que duerman toda la noche de un tirón.

Mientras las mujeres estaban ocupadas con los mellizos, Garrett salió al porche con Duane. Una vez que se hubieron marchado y Jenna y Lisa estuvieron en el sofá con los bebés, Lisa lanzó una mirada a Jenna.

—Me gusta ver que Garrett y tú estáis juntos. Hacía mucho tiempo que no dejaba entrar a ninguna mujer en su vida, y tú le has venido muy bien.

—Él también me ha venido bien a mí.

Mientras Garrett hablaba con su cuñado de un trabajo de electricidad y pensaba en su deseo fallido de haber pasado la mañana del domingo a solas con Jenna, llegó también Rylan.

Garrett contempló a su hermano, que bajaba del coche sin su aspecto normal de despreocupación; de hecho parecía completamente sombrío.

—¿Qué pasa Ry? ¿Te echó de la cama Emma demasiado pronto esta mañana?

—No, Emma y yo estamos bien —Rylan miró a Duane, luego a Garrett con expresión resignada—. Tengo una cosa que creo que tienes que ver —extendió la revista que tenía en la mano.

—¿Qué es eso?

—Es un catálogo de lencería que Beau estaba pasando en Leisure Pointe anoche.

—¿Y?

—Que Jenna está en él.

—¿Qué?

—Jenna posó para este catálogo, Garrett, con algunas prendas muy sexys —dijo Rylan entregándole la revista y obligándolo a mirar—. Y Beau se aseguró de que todo el mundo lo viera bien.

Garrett no quería creer a Rylan, no quería creer que Jenna le hubiera ocultado algo así. Incapaz de controlarse, pasó las páginas a toda prisa. Estaba claro, era Jenna en poses sensuales, llevando ropa íntima provocativa y con un aspecto muy distinto de la mujer inocente que había pasado la noche con él.

Una mujer a la que él no conocía. Su estómago se encogió ante el recuerdo de la traición de otra mujer y de la confusión que había creado en su vida. Se sintió atrapado y engañado, como cuando Ángela lo manipuló.

—¿Cómo consiguió esto Beau?

—Supuse que querías saberlo y conseguí convencer a Beau para que me diera la respuesta. Me dijo que había estado con una mujer el viernes por la noche y que encontró el catálogo en su casa y empezó a hojearlo...

Garrett levantó una mano para que se callara.

—Tú no lo sabías —dijo Rylan sin entonación—. No te lo contó.

—No —pero en aquel momento supo lo que Jenna había estado intentando decirle. Pero tenía derecho a conocer su pasado antes de hacerle el amor. Antes de permitir que le llegase más adentro que ninguna otra mujer. Y le irritaba que no hubiera confiado en él antes.

Ahora no podía evitar preguntarse si no habría dormido con él con otros motivos en la mente, si al entregarle su inocencia no espera que él se portase como un caballero y se casara con ella... para hacerla «respetable» y esconder su pasado escandaloso. Se sentía como un idiota. Otra vez.

—Lo siento, Garrett —dijo Rylan poniendo una mano sobre su hombro—. Pero, si no te lo decía yo, te ibas a enterar por otra persona. Todo el mundo habla de Jenna y el catálogo. Y de ti. Emma estaba de acuerdo en que debía enseñártelo cuanto antes.

Agradecía la lealtad de su hermano, pero le resultaba difícil aceptar la doblez de Jenna, después de que él había tenido con ella la sinceridad que exigía en una relación. Y lo ponía furioso darse cuenta de que toda la ciudad conocía el doble empleo de Jenna antes que él. Sin duda en pocos días el cotilleo los rodearía a él y a su familia.

—Si me disculpáis un momento, creo que tengo que hablar con Jenna.

Su voz era tranquila a pesar de la tensión que sentía.

Enrolló el catálogo y se dirigió hacia la casa, deteniéndose ante la vista de Jenna meciendo a uno de los bebés, en su rostro suave y bello. Ella levantó la vista al oír el portazo y le sonrió de una forma que le hizo sentir el deseo de no tener aquella prueba acusadora en su mano.

—Jenna, ¿podemos hablar a solas?

El tono de su voz hizo que su hermana lo mirase sobresaltada e incluso atrajo la atención de Chelsea. Jenna pareció sorprendida al principio y después preocupada. Dejó al bebé en el regazo de Chelsea y lo siguió escaleras arriba, hacia el dormitorio. Había hecho la cama antes de bajar, pero aun así Garrett recordó lo cálida y suave que había sido con él la noche anterior. Aquel recuerdo lo perseguiría siempre, estaba seguro, cuando estuviera en la cama. Solo.

No perdió tiempo en discutir con ella. Cuanto antes acabase con aquel asunto, antes se marcharía ella. Y estaba seguro de que en cuanto supiera que aquello era público abandonaría Danby y se iría a otro sitio. Desenrolló el catálogo para que lo viera.

—¿Te importaría explicarme esto?

—Garrett... esto es lo que he intentado explicarte antes.

—¿No crees que es algo que tenía derecho a saber antes de que hiciéramos el amor? —Sin darle oportunidad para responder extendió ante ella una página en la que aparecía con un salto de cama que mostraba más de lo que ocultaba—. Hubiera estado bien saber antes que la mujer con la que estaba saliendo había posado para unas fotos de lencería que todos pueden ver.

Ella hizo una mueca y se sonrojó. A él le resultaba difícil de creer que se pudiera sonrojar así después de haber posado para aquellas fotografías. Se sentía dividido entre el deseo de abrazar a la mujer generosa y dulce con la que había hecho el amor la noche antes y el de apartar de sí a la mujer que había sido antes de que la conociera. No tenía ni idea de cuál era la Jenna auténtica.

—Tienes razón —murmuró. Tenía la voz estrangulada por la emoción, pero, sorprendentemente, mantuvo la cabeza alta—. Debí haberte hablado del catálogo hace semanas y siento que hayas tenido que descubrirlo de esta manera. Nunca quise que esto os hiciera daño a ti o a tu familia.

Ella no se echó a llorar como él había esperado. Y no le pedía perdón por lo que había hecho en el pasado, sino por haberle hecho daño. Apretó la mandíbula y fortificó sus defensas negándose a dejarse ablandar tan fácilmente. Tenía experiencia de primera mano de lo manipuladoras que pueden ser algunas mujeres para conseguir sus propósitos.

—Estoy seguro de que esto provocará un bonito escándalo en Danby y lo último que quiero o que necesito después de Ángela es una mujer con ese tipo de sorpresas acechando en su pasado. No necesito que la especulación se centre en mi familia.

Tiró el catálogo sobre la cama.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Jenna?

—Nunca se lo dije a nadie, Garrett. Ese catálogo no es algo de lo que me sienta orgullosa.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—En aquel momento no tenía otra opción —Jenna odiaba la desaprobación que había en su mirada, era exactamente la reacción que ella había temido, pero no podía echarle la culpa por estar enfadado. Lo único que podía hacer era intentar explicarlo—. Cuando murió mi madre, las facturas de los médicos que ella había acumulado por su enfisema recayeron sobre mí. No tenía otra forma de pagarlas, así que acepté un trabajo como modelo para ganar un dinero extra. Hice unos cuantos desplegados de lencería sabiendo que podían acabar siendo un catálogo, pero en aquel momento lo único en lo que podía pensar era en que estaba librándome de una deuda.

Y había sacrificado su respetabilidad por aquel dinero, y estaba segura de que también le había costado su verdadero amor.

Él no dijo nada, solo la miró con desagrado. Ella sintió que se le enfriaba la sangre en las venas. Respiró hondo y continuó.

—Eso fue aproximadamente un año antes de que conociera a Sheldon y pensé que formaba parte del pasado, algo que estaba hecho y olvidado. Mi decisión de casarme con Sheldon, al igual que la suya de casarse conmigo estaba basada en razones prácticas, como ya sabes. Él quería una esposa decorativa y yo la clase de respetabilidad que mi madre había insistido siempre que era de la máxima importancia en una relación.

Su madre había tenido razón en una cosa, el amor acababa por provocar sufrimiento. En aquel momento, el suyo era tan profundo que necesitó de toda su fuerza para no ceder ante él, ya lloraría más tarde, cuando estuviera sola, por haber perdido a Garrett, el único hombre que creyó capaz de entender las decisiones que había tomado. Y a lo mejor lo hubiera hecho, si ella le hubiera confiado la verdad mucho antes.

—¿Qué pasó el día de tu boda, Jenna? —su tono era distante pero indudablemente curioso.

Ella se sentó en el borde de la cama y echó una ojeada al catálogo.

—Una vieja amiga de Sheldon, a la que él había dejado, encontró el catálogo y, en el momento en que empezaba la ceremonia, entró en la iglesia, interrumpió al pastor y presentó mis fotos a la congregación. Yo estaba horrorizada, al igual que su familia, considerando el escándalo que eso causaría. Estaba avergonzada y humillada, e hice la única cosa que se me ocurrió... corrí, pero está claro que nadie puede huir lo bastante lejos.

Cerró el catálogo y lo apartó, forzándose a sostener la mirada penetrante de Garrett.

—De alguna forma, la antigua novia de Sheldon nos hizo un favor a los dos. Hubiera sido un error casarme con él. Ahora me doy cuenta —dijo con suavidad—. Yo hubiera sido muy desdichada y también Sheldon.

—¿Y cómo encajo yo en todo esto? —preguntó Garrett, cruzando los brazos con gesto rígido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Esperas que me case contigo después de lo de anoche, para mantener intacta tu respetabilidad?

Sus palabras estaban teñidas de amargura y fueron como una bofetada física, su significado estaba muy claro. Ella le había entregado su

virginidad, y él creía que lo había hecho para engañarlo, como había hecho Ángela años atrás.

Cualquier esperanza de perdón que ella hubiera albergado se marchitó en aquel momento. Se puso en pie, recuperando su dignidad hecha jirones.

—No me debes nada, Garrett. Nada en absoluto. Le pediré a Lisa que me acerque a casa.

Fue hacia la puerta cerrada, deseando que él le pidiera que se quedase para que hablasen de ello, pero su silencio dejaba muy claro que quería que se fuese. Para él ya no había nada más que discutir.

Pero antes de salir de su vida, había algo que quería decirle, y que él necesitaba oír. Con la mano en el picaporte, se detuvo y miró hacia él, rezando para que no se alterase su compostura por lo menos durante unos cuantos segundos más.

—Garrett, sé que no sabes qué creer en estos momentos, pero hay una verdad en todo esto. Hablaba en serio cuando te dije la otra noche que te quería.

Su expresión se mantuvo impasible, inescrutable, y Jenna supo que había perdido a Garrett antes de haber llegado a tenerlo de verdad. Todo a causa de un error del pasado con el que ella no había acabado de hacer las paces. ¿Cómo podía esperar que él aceptase su pasado y sus decisiones, cuando ella no había sido capaz de hacerlo?

Garrett soltó un suspiro de frustración, incapaz de concentrarse en el trabajo que tenía extendido sobre la mesa. Hacía casi una semana desde que Jenna había salido de su casa y de su vida y no había vuelto a verla ni a oír nada de ella desde entonces. Una dolorosa semana de cotilleo acerca del catálogo de lencería y de su relación con Jenna.

La noticia se había extendido con rapidez y había perdido interés con mucha más velocidad de lo que Garrett esperaba. En unos pocos días, para ser exactos. Una vez que la novedad del escandaloso pasado de Jenna desapareció, todo había vuelto a la normalidad.

Todo menos la vida de Garrett. Nada había vuelto a ser lo mismo desde que la dejó marchar. Ni Chelsea, ni su oficina vacía y silenciosa. Ni su corazón, especialmente su corazón.

—¿Cuánto tiempo piensas estar deprimido?



Garrett lanzó una mirada helada a su hermano, que volvía de un día de trabajo.

—No estoy deprimido.

—Nunca lo estabas. Pero no solo pareces estar hecho una pena, sino que también has estado de un humor insoportable desde que rompiste con Jenna. ¿Qué ha sido de eso de darse un beso y hacer las paces?

—Lo que Jenna me ocultó no se puede perdonar con tanta facilidad.

—Estoy de acuerdo en que estuvo mal lo que hizo, y que te lo debía haber dicho desde el primer momento. Ya sé que fui yo el mensajero de la mala noticia, por así decirlo, pero, ¿nunca has cometido un error que luego lamentaras? —La pregunta era tan obvia que no necesitaba respuesta—. Ella está aún por aquí, Garrett, y no es demasiado tarde. Jenna podría ser todo lo que tú necesitas si le permites que lo sea. Y si no eres capaz de perdonarla, intenta por lo menos establecer algún tipo de relación amistosa con ella, para que no resulte tan incómodo para el resto de la familia.

Y con este consejo, Rylan salió de la oficina.

Garrett se recostó en la silla sintiéndose frustrado e indeciso. Él sabía que era inevitable que se encontrase con Jenna, sobre todo porque ella se había quedado en la ciudad. Eso lo sorprendía, porque había esperado que huyera del cotilleo. A lo mejor tenía que volver a enfrentarse al asunto, y a Jenna, por última vez, para que pudieran dejar atrás sus resquemores y seguir caminos distintos.

Terminó pronto con su trabajo en la oficina y, cuando iba de camino para recoger a Chelsea, decidió parar en casa de Ella Vee. La anciana lo saludó en la puerta y lo invitó a pasar. Lo miró de arriba abajo, como regañándolo.

—¿Vienes a ver a Jenna?

—Sí, señora —dijo él sintiéndose tímido y sin saber qué había hecho para provocar esa reacción.

—Ya iba siendo hora —murmuró lo bastante alto como para que lo oyera Garrett. Luego le indicó la parte trasera de la casa—. Está en el patio.

Cruzó la cocina y se detuvo en la ventana que daba al patio. Había visto a Jenna arrodillada en la hierba plantando pensamientos.

Esperaba que se hubiera recrudecido su rabia al verla, después de que lo hubiera engañado, pero en vez de eso sintió una nostalgia y un anhelo

que le dijeron que hacía tiempo que había perdonado a Jenna, pero que había sido demasiado terco para admitirlo, porque su orgullo estaba demasiado malherido para poder ver en medio de tanta confusión cuáles eran sus verdaderos sentimientos por ella.

Se quedó allí, apoyado en la encimera, contemplándola en silencio. No era tanto porque hubiera posado para el catálogo como porque no hubiera confiado en él antes de que intimase afectivamente con ella.

Al principio se había sentido traicionado y manipulado, pero había un hecho que cada vez estaba más claro en su mente. A pesar del pasado de Jenna, no podía negar que él se habría enamorado de ella de todas formas. Su única falta había sido esperar tanto para decirle la verdad y él la había castigado injustamente por ello. El silencio de ella se había debido a su inseguridad y sus miedos.

Lo invadió el remordimiento, junto con otros sentimientos más poderosos que no podía negar. ¿Cómo podía esperar que Jenna confiase en él, cuando él no le había dado ninguna razón para creer que sería capaz de aceptar un pasado que ella nunca podría borrar? Probablemente Jenna pensaba que él no era mejor que Sheldon por haberla dejado marchar, por haberle dado razones para creer que para él su reputación era mucho más importante que ella y que no aceptaría arriesgarla por la mujer honesta y sin artimañas que ella era.

Una mujer apasionada que lo amaba, a pesar de la forma en que él había rechazado en silencio aquel amor. Una mujer que sería una esposa perfecta y respetable... si lo perdonaba por haberla juzgado injustamente.

Sabiendo que tenía que enmendar lo hecho, salió al jardín y se dirigió adonde estaba ella. A pesar de la dolorosa experiencia por la que había pasado en los últimos días, tenía un aura de paz que lo atrajo. Y según se acercaba a ella, se maravilló por el valor que había demostrado al quedarse en una ciudad donde todo el mundo sabía ya lo del catálogo, al plantar cara a lo que había sido su miedo mayor cuando habría resultado mucho más sencillo marcharse y evitar los rumores y la especulación.

Ella era sorprendente y él respetaba su decisión y su fortaleza. Sin la menor duda, la respetaba a ella.

—Garrett —dijo ella con voz insegura.

—Hola, Jenna —su voz era baja y tranquila a pesar de lo rápidamente que latía su corazón—. ¿Cómo estás?

—Bien... —se puso en pie y se quitó los guantes de jardinería y la tierra de las rodillas.

—¿Puedo hablar contigo?

En su rostro apareció un gesto de cautela y por un momento él creyó que iba a decirle que no, y no podría culparla después de la forma en que la había tratado la última vez que habían estado juntos.

—Claro. ¿Te importa que vayamos al porche de atrás? Llevo varias horas al sol y me noto un poco mareada.

Él la siguió hasta el porche y se sentó frente a ella en una mesa de jardín. En sus ojos había cierta reserva que le hizo pensar que quizá había esperado demasiado. El pensamiento de haber perdido a Jenna para siempre le retorció el estómago.

Ella lo miraba, esperando que dijera lo que tuviese en la mente. Él se aclaró la garganta y dijo:

—Creí que te irías de Danby después de tu debut con el catálogo — puso un poco de humor en su voz.

—Pensé en ello —dijo completamente seria.

—¿Qué te detuvo? —necesitaba conocer sus razones para quedarse.

—Llegué a la conclusión de que no podía escapar de mi pasado y de lo que he hecho cada vez que ese catálogo de lencería aparezca en algún sitio. Y me di cuenta de que si me iba, solo alimentaría el cotilleo y empañaría lo que hemos compartido, y eso es algo que no permitiré que suceda.

Garrett se quedó anonadado por lo que ella había hecho por él, por ellos, así como por la profundidad de su amor y sus sentimientos.

—No puedo permitir que mi pasado dicte mi futuro o mi felicidad personal nunca más. Mi madre siempre me predicó la respetabilidad, pero me he dado cuenta de que para ser respetable tengo que empezar por respetarme a mí misma. Y lo hago. Esto es lo que soy, Garrett, fallos y errores, y todo lo demás, y tengo la esperanza de que la gente de Danby me aprecie por Jenna la persona, no Jenna la modelo de lencería.

Y a juzgar por lo rápidamente que había acabado el cotilleo, parecía que Jenna estaba en camino de conseguir su objetivo.

—Te debo mis disculpas, Jenna.

—¿Por qué?

Extendió la mano sobre la mesa para tomar la de ella. Sintió cómo se sobresaltaba por el roce, pero no rompió el contacto que él necesitaba tanto.

—Estaba equivocado al creer que tus razones para mantener en secreto tu pasado no fueran honestas, y tú forma de protegernos a Chelsea y a mí del cotilleo.

—Veo que lo entiendes. Nunca quise herir a nadie.

—Ahora lo sé.

Lentamente, ella alzó la mano que estaba bajo la de él y enlazó sus dedos con los de Garrett.

—Nunca quise engañarte intencionadamente, Garrett. Mantener mi pasado en secreto era una forma de protegerme, de la misma forma en que tú mantienes en secreto la paternidad de Chelsea, para protegerte a ti tanto como a ella.

—Dejé que lo que me pasó con Ángela me cegase y no quise ver lo buena que podía ser una relación con la mujer adecuada. Contigo.

—Yo no puedo cambiar el pasado, Garrett —susurró ella con la voz tomada por la emoción. Su tono le suplicaba que aceptase algo que formaría siempre parte de ella.

—Yo tampoco puedo cambiar el mío, así que me imagino que estamos empatados —sonrió sintiéndose más optimista—. Todos tenemos remordimientos y cosas que haríamos de otra forma si nos dieran la oportunidad. Si pudiera volver atrás no te habría dejado salir de mi vida el otro día. Lo único que podemos hacer es aceptar nuestros errores y seguir hacia delante. Y mi mayor error ha sido no creer en tu amor.

—Yo te quiero. Más de lo que creía posible querer a nadie.

—Y yo también te quiero —se puso de pie y fue hacia ella, haciendo que se levantara, tan cerca que sus cuerpos se rozaban—. Espero que pueda arreglar nuestra relación y cualquier daño que haya podido hacerte.

—Ya lo has hecho.

—Tú llenas mi vida de alegría y amor, Jenna, y quiero que vengas conmigo a casa, porque perteneces a ella. Quiero hacer de ti una mujer respetable, es decir, si me aceptas en lo mejor y en lo peor.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y luego se llenaron de alegría.

—¡Oh, Garrett! —enlazó sus brazos en torno al cuello de él y lo abrazó fuerte. Después su boca dulce encontró la de él y el deseo y las promesas que Garrett halló en su beso la hicieron gemir de satisfacción y de placer.

El momento terminó demasiado deprisa y Jenna se apartó. Afortunadamente, el brazo con el que él rodeaba su cintura la mantenía cerca. No estaba dispuesto a dejarla ir, hasta que no estuviera seguro de que era completamente suya.

—No has contestado a mi pregunta, cariño. ¿Me vas a decir que sí y nos vas a hacer a Chelsea y a mi increíblemente felices? ¿Quieres casarte conmigo?

Ella no dudó.

—Sí, Garrett Blackwell. Me casaré contigo.

Y en aquel momento todos los deseos de Jenna se hicieron realidad.

## *Epílogo*

**A**ntes de un año, en una hermosa tarde de primavera, Jenna se casó con su príncipe encantador. Lisa fue la madrina y Chelsea llevó las flores. Jenna prometió amar y respetar a Garrett y él prometió hacer lo mismo.

El pastor los declaró marido y mujer y los presentó a la congregación como el señor y la señora Blackwell. Jenna miró a los ojos a su marido, vio la sonrisa tierna que él le dedicó, y se sintió pertenecer. Garrett había encontrado una novia aquella noche lejana en Leisure Pointe, pero ella había ganado mucho más.

En aquel momento perfecto de alegría, dejó atrás su pasado y caminó con su príncipe hacia un futuro brillante y glorioso lleno de respeto, amor, y auténticas perdicés.

*Fin.*